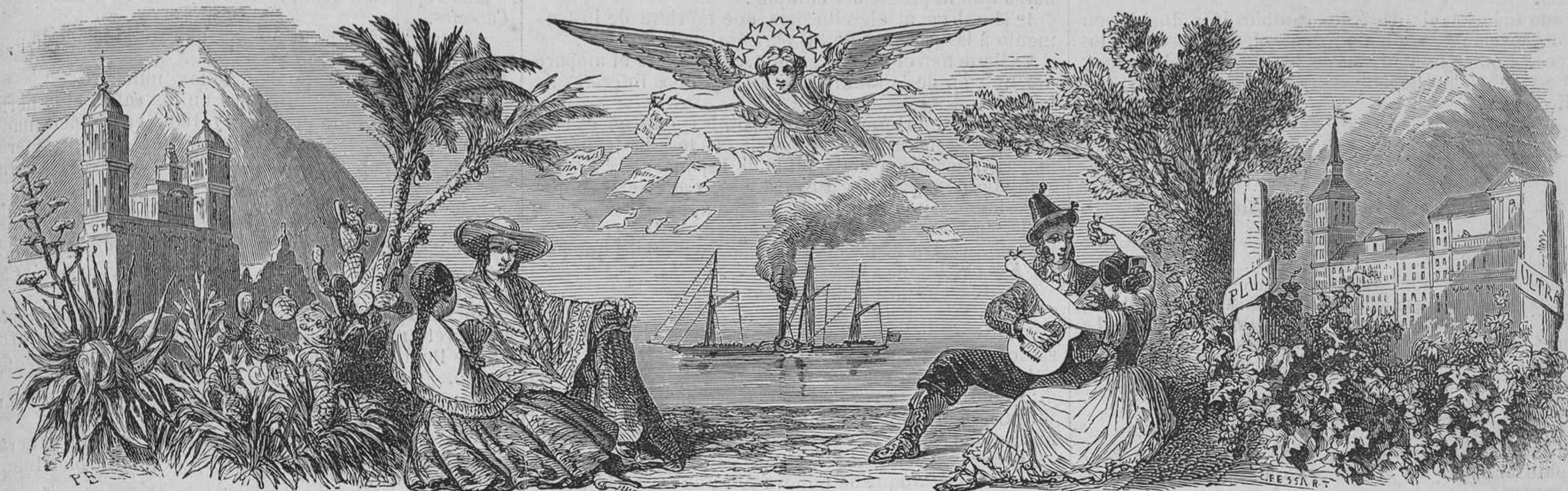


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 18 de *la Moda*.

1869. — TOMO XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 28. — N° 871.

Administración general, pasaje Saulnier, número 4, en París.

SUMARIO.

Nuevos ejercicios de la flota rusa; grabado. — Revista española. — Poesía. — Viaje de S. M. la emperatriz y del príncipe imperial, de Lion á Tolon; grabados. — Revista de París. — Juan Cristiano Oersted. — Muerte de un avaro. — El cable trasatlántico francés; grabados. — Curiosidad literaria. — Exposición de la Escuela de Bellas Artes en París; grabados. — El bello ideal del matrimonio. — Problemas de ajedrez; grabado. — El general Lebœuf, ministro de la Guerra en Francia; grabado.

Nuevos ejercicios de la flota rusa.

Es cosa convenida que estamos en paz; pero esto no impide que todas las naciones civilizadas multipliquen los instrumentos de destrucción y de defensa, tanto por tierra como por mar. La Rusia, naturalmente, no quiere quedarse rezagada.

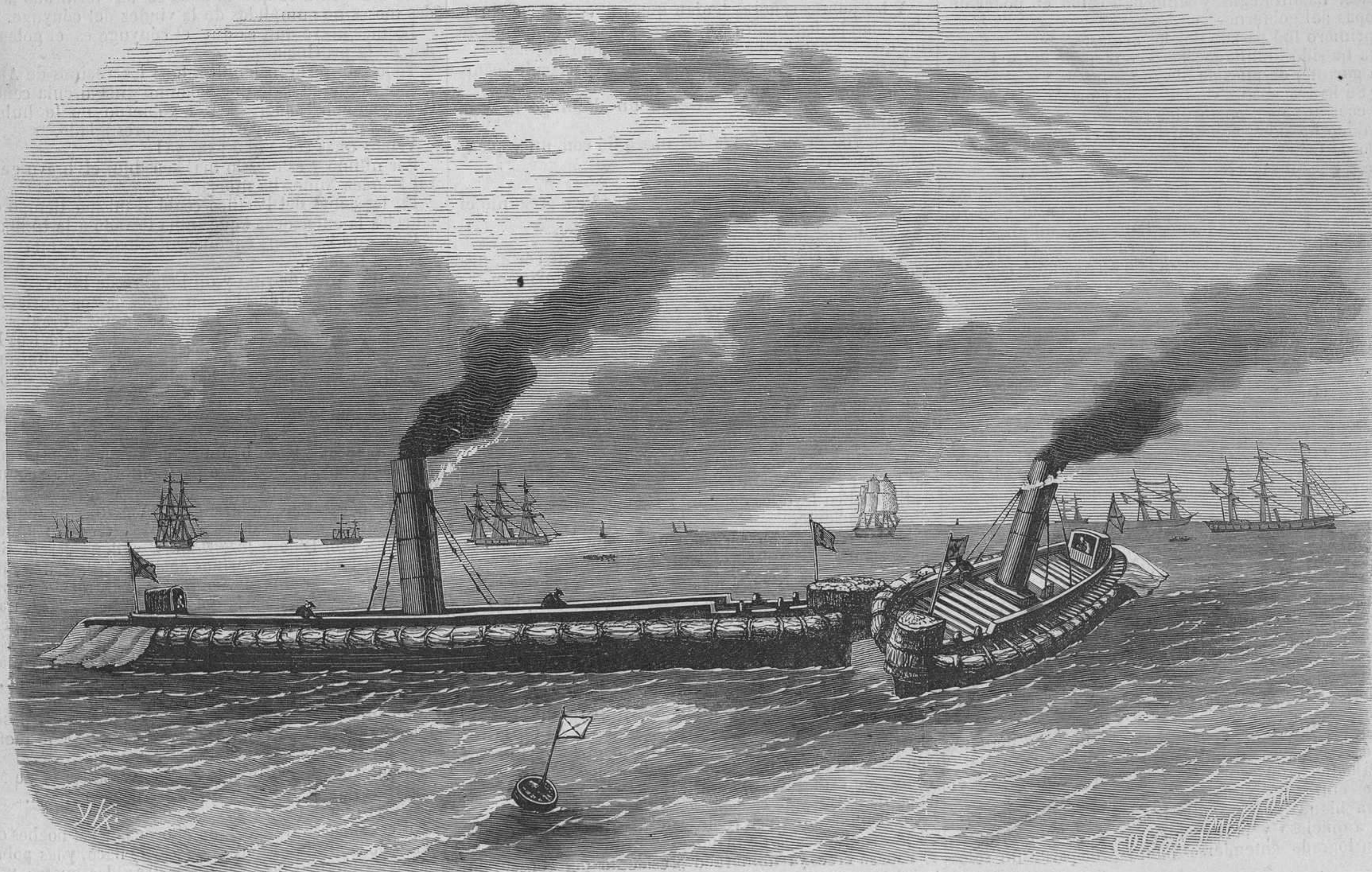
Todo el mundo está hoy de acuerdo en que el ataque al espolon en las batallas navales debe tener en lo porvenir un papel importantísimo; y así es que todas las potencias marítimas han aplicado el nuevo instrumento de destrucción á la punta de proa de sus buques.

Además la Rusia ha introducido en su flota ejercicios de abordaje al espolon, como hace largo tiempo que existen los ejercicios de la artillería.

En 1868, el vicealmirante Boutacow, comandante en jefe de la escuadra rusa del Báltico, organizó á bordo de esa escuadra, los ejercicios de ataques al espolon.

Con este objeto pusieron á sus órdenes seis cañoneras de vapor de unas 200 toneladas, despues de haberlas guarnecido con un borde-espolon de faginas montado en bastidores de madera y de betas.

Todos los capitanes de la escuadra toman parte en estos ejercicios, y conservan el mando de su buque, mientras no les da el abordaje otro adversario.



Nuevos ejercicios de la flota rusa. — Maniobras de abordaje con buques de espolon.

Los ejercicios se efectúan en un espacio cerrado por toda la escuadra; el navio almirante se queda en el centro ó ocupa uno de los ángulos. Los dos buques del combate salen juntos, y despues de haberse alejado á cierta distancia, vuelven el uno sobre el otro para entrecorsarse bajo el ángulo mayor que sea posible. La mayor parte de ellos pasan muchas veces sin abordaje, y cuando le obtienen, es un simple choque y á corto ángulo.

Como todo lo relativo á los cambios introducidos en la construcción y las maniobras navales, estos ejercicios merecen llamar la atención de los hombres de mar, y bajo este concepto debíamos señalarlos en nuestro periódico.

J. B.

Revista española.

¡Gracias á Dios! — Un favor y un desfavor. — Los carlistas. — Las soluciones pendientes. — La lógica. — Cosas de los periodistas. — Lances de honor. — Dos suicidas. — La muerte de Mendez Nuñez. — La libertad y las tabernas. — Cinco millones de reales. — El Rayo. — Una comedia.

¡Hemos llegado al 31 de agosto!

No extrañen mis lectores que me admire este suceso tan natural de suyo y tan extraordinario en los tiempos que corren.

Si vivieran en España, darían como yo gracias al Todopoderoso.

En los tiempos revolucionarios, cuando cada ciudadano es un soldado, ó por lo menos tiene un fusil, cuando se embriaga todo un pueblo con el espíritu de lo que las masas han dado en llamar libertad, pasar treinta y un días sin novedad, sin haber sido víctima de un disparo fortuito, de una paliza equivocada, ó por lo menos de una asonada, es un milagro.

No se puede negar que el pueblo español es digno de mejor suerte.

Está hambriento, pero le encomendais que defienda la propiedad, y acto continuo se convierte en su fiel guardador.

No necesita mas que una mano fuerte y justa, noble y generosa que le guie para ser feliz, y esta mano no parece.

Yo espero que esto terminará.

Vivir como hoy vivimos, es tomar la fiebre por un estado natural, la agonía por la salud.

El mes de agosto ha sido muy fecundo.

Los partidarios de Don Carlos han salido al campo.

El primer grito se dió en la Mancha.

Sabariego, de quien, si no recuerdo mal, hablé en mi anterior revista, se ha mantenido con algunas fuerzas en aquella provincia.

En la de Leon se levantaron otras partidas: dos de sus jefes, Balanzátegui y Milla han caído en poder de las tropas del gobierno.

El primero fué pasado por las armas.

Milla ha sido indultado; pero condenado antes á morir en garrote, despues de oír su sentencia:

— ¿Se han acabado ya las balas? preguntó, ¿á qué fin ofrecer al país espectáculos repugnantes?

También ha sido hecho prisionero el cabecilla Polo, cuñado de Cabrera.

Créese que su vida será respetada.

No juzgaré al gobierno ni á sus adversarios: deploro amargamente la guerra civil, y por mi parte declaro con la mayor sinceridad que, llamado á influir en la marcha política de mi nación, para resolver el problema hubiera dado desde el principio otro sesgo á la cuestión.

Juzguen ustedes.

España sufre las consecuencias de las pasiones y las luchas de los ambiciosos, de los vagos con talento ó con fuerza, que quieren vivir del presupuesto.

Estos no llegan en toda España á diez ó doce mil.

Pero se mueven, gritan, dicen: «*El país somos nosotros*,» los demás callan, y caten Vds. aquí al famoso Enano de la Venta.

Pues no señor: si las circunstancias me hubieran permitido influir en la solución del problema, hubiera empezado por dividir á los españoles en dos clases:

1^a Los hombres de bien.

2^a Los que no lo son.

Pongo en el primer caso á los que piensen que la libertad nace de la armonía de los derechos y los deberes, del respeto á la propiedad, del amor al trabajo, en una palabra, á los que constituyen la parte conservadora y moralizada del país.

En el segundo á los vagos, perezosos, aficionados á comer sin trabajar, que hacen de la política una mina unas veces, una ganga otras, en una palabra, á los perturbadores, liberticidas y desmoralizadores de la nación.

Reunidos aquellos, su simple vista hubiera demostrado á estos su insignificante minoría, hubieran huido, y si galleaban, lo mas fácil del mundo hubiera sido hacerlos entrar por vereda.

Ahora bien, ¿no creen Vds. que descartado el elemento ambicioso y perturbador, los hombres de bien habrían logrado entenderse bien sin disparar un solo tiro?

Yo creo que sí, porque los hombres de bien todos

quieren lo mismo, paz, orden y bienestar; porque las personas solo las discuten los que esperan gracias de los agraciados.

España, ó por lo menos la gran mayoría de los españoles, no quiere á este ó al otro rey por su linda cara.

La legitimidad influye mucho en sus sentimientos, porque á ella va unida la costumbre, que es la gran ley de los pueblos; pero aun así aceptará con gusto al monarca que le prometa y cumpla:

1^o Moralizar al ejército para que no sirva de instrumento á las pasiones de los partidos.

2^o Mantener el orden, porque el orden es el amparo del trabajo, de la familia, de los legítimos intereses de la sociedad.

3^o Destruir lo que se llama política, que no es otra cosa que la máscara de la codicia, la tea de la discordia, la única causa de la ruina de España.

Cualquiera que nos asegure esto, ese es el rey que necesitamos, y lo tendremos si sabemos ganarle.

Me temo que antes de llegar á este punto de color de rosa de nuestra historia de mañana, tendremos que pasar hoy por grandes amarguras.

La situación no puede ser mas crítica.

Vayan Vds. atando cabos.

A la hora en que escribo, hay en juego las siguientes soluciones:

1^a Convertir al regente en rey.

2^a Consolidar la regencia por cinco años.

3^a Casar al hijo de Prim con la hija de Serrano, y fundar de este modo una dinastía popular.

4^a Elegir á Montpensier.

5^a Elegir al duque de Génova con una regencia trina.

6^a Aceptar al príncipe de Asturias con la regencias siguientes:

La de María Cristina.

La de Girgenti, Prim y Serrano.

La de Espartero, Serrano y Cheste.

7^a El príncipe de Asturias, previo el golpe de Estado.

Todas estas y algunas mas soluciones proponen los doctores: consideren Vds. cómo estará el enfermo.

Por fortuna la lógica es inflexible, y nos dará lo que necesitamos.

Entre tanto la agitación cunde.

En la primera mitad de agosto se formó en Madrid una compañía de apaleadores.

Estos entraron en las redacciones de algunos periódicos, apalearon á sus redactores, destruyeron las cajas y las máquinas, y se fueron tranquilamente á dormir sobre sus laureles, sin que la autoridad haya castigado á estos violadores de los derechos ilegales.

Por entonces ocurrieron en los paseos escenas no menos edificantes.

Llevaba una señora un lazo encarnado ó unos pendientes de coral.

— ¡Es republicana! gritaban los bullangueros, fuera, ¡abajo el lazo ó los pendientes!

Otra adornaba su sombrero ó su pecho con una margarita.

— ¡Es carlista! ¡á ella, compañeros! proseguían los alborotadores.

Y las pobres señoras tenían que correr ó verse corridas cuando lograban escapar de las groseras manos de los que les arrancaban tan inocentes adornos.

Casi coincidiendo con este bárbaro espectáculo, ocurrió un suceso digno de mencionarse.

Varios periodistas resolvieron un domingo ir á la Granja.

El dueño de una fonda los obsequió con un espléndido almuerzo y ricos habanos.

Despues visitaron los jardines.

— ¡Esto es delicioso! ¿no es verdad? les preguntó el fondista.

— Deliciosísimo.

— Pues bien, este año, como no hay aquí corte, nos vamos á comer los codos de hambre en el invierno.

— ¡Es una lástima!

— ¿Por qué no dicen Vds. en sus periódicos que esto es encantador?

— Lo diremos.

— Y saludable.

— Será Vd. complacido.

— Y barato.

— Nada, nada... aconsejaremos á todos los españoles que se vengán á la Granja.

Y así lo hicieron, contando la escena que habia tenido lugar.

El público leyó los detalles, y sin embargo no ha acudido al reclamo.

Si el fondista hubiera dado de almorzar á todos los españoles, no habria tenido que lamentar su ausencia.

Enamorados de la Granja, los mismos periodistas:

— Es necesario, se dijeron, que conozcamos la actitud del regente en la cuestión de rey, y para esto lo mejor que hay que hacer es volver á la Granja.

El regente los convidó á almorzar, pero con la condición de que no se hablaría de política.

No supieron lo que pensaba S. A., pero almorzaron espléndidamente, y se cuenta que despues de un brindis en el que un periodista entusiasta quiso dar á entender que debia nombrarse rey al regente, la linda esposa de este dijo acercando á sus hermosos labios una copa de chispeante champagne:

— Brindo porque se realice lo que tiene en la mente el jóven que acaba de brindar.

Este se cree ya nombrado presidente del consejo de ministros, cuando su pensamiento se lleve á cabo.

En el capítulo de los periodistas, no puedo menos de

añadir que en el mes que termina, nos han tenido con el alma en un hilo.

La Iberia se ha peleado con la Igualdad y con el Pueblo.

La polémica tomó tal aspecto, que hubo un momento en el que se creyó inminente no un duelo, sino una batalla entre los redactores del primero y del segundo periódico.

Una repetición del célebre combate de los Horacios y Curacios.

Afortunadamente sus amigos han restablecido la paz, y los contrarios se han perdonado.

Mucho se ha hablado de desafíos, mucho.

A juzgar por lo que se dice en los cafés, el general Prim, que ha salido para Vichy, tiene en Francia nada menos que tres lances pendientes, uno con el general Gasset, otro con el señor Mur, y otro con el general Cheste.

Este último ha comparecido ante un consejo de guerra.

El consejo le absolvió devolviéndole sus grados, honores, etc., y el gobierno le destinó de cuartel á Canarias.

Pues bien, el mismo día en que apareció en la Gaceta el decreto restituyéndole su antigua posición, desapareció de Puerto Real, dando lugar á que le exhoneren de nuevo.

— ¿Por qué habrá hecho esa locura? se preguntaban los curiosos.

— Porque tiene pendiente un lance con el general Prim, y ha ido á buscarle á Vichy, decia uno bien informado.

Yo creo que estos rumores no tienen nada de probable y espero que el marqués de los Castillejos saldrá ileso de tantas aventuras.

De otro duelo se ha hablado entre dos generales.

— ¿Qué generales son?

— El general Gándara y el general Izquierdo.

— ¿Y por qué razón?...

— Atribúyese á antigua enemistad entre ambos, son cuentas pendientes de la campaña de Santo Domingo.

Deploro estos sucesos, pero como no puedo evitarlos, cumplo mi deber de cronista y doy cuenta de ellos.

Pasemos el mal camino para entrar en el bueno, ó lo que es lo mismo, acabemos de reseñar los sucesos lamentables.

Una de estas mañanas, en el momento en que se verificaba el arqueo en la tesorería de Búrgos, se suicidó el cajero de dicha dependencia.

¡Era padre de familia!

¡Cuántas lágrimas cuesta un instante de olvido!

Dos días antes se arrojó desde el piso tercero de una casa de Madrid una señora que estaba harta de su marido.

Un argumento mas en favor de los enemigos del matrimonio.

En cambio puedo citar un caso de reincidencia.

En Almería se ha casado un viudo ya talludito con una jóven de diez y siete primaveras.

Lo mas grave es que la boda se ha verificado á los dos meses no cumplidos de la viudez del cónyuge.

Lo mas grave aun es que el cónyuge es el gobernador de la provincia.

Todo esto seria insignificante si los vecinos de Almería no hubiesen dado una solemne y mayúscula cencerada á su gobernador, y si el gobierno no le hubiese dejado en su puesto corrido y desprestigiado.

Vemos unas cosas que ¡ya, ya!

Por último y esto es lo mas sensible, el bravo general Mendez Nuñez ha muerto.

En las aguas del Pacífico cogió al mismo tiempo que laureles la enfermedad que le ha llevado á la tumba.

Creo que hasta sus enemigos de hace tres años sentirán su muerte.

Era un bravo marino y un hombre de bien.

¡España le consideraba como una de sus glorias!

En todas partes se han hecho solemnes sufragios por el eterno descanso de su alma, y todos los periódicos han publicado extensas biografías del malogrado almirante.

Como un dato curioso, reproduciré aquí su fe de bautismo: héla aquí:

« En 1^o de julio de 1824, yo, don Luis Antonio Gonzalez, racionero párroco de la colegiata de Santa María de la ciudad de Vigo, bauticé solemnemente á un niño que nació hoy, al que puse por nombre Casto Secundino María, hijo legítimo de don José Mendez Ponce de Leon, y natural de Villafranca del Bierzo, y de doña Tomasa Nuñez, natural de esta referida ciudad: abuelos paternos, don Isidoro José Mendez y doña Josefa Guadarrama, naturales y vecinos de dicho Villafranca; maternos, don Francisco Javier Nuñez, natural de Santiago de Vigo, y doña María del Carmen Fernandez, natural de Marín, arzobispado de Santiago: fué su madrina la dicha abuela materna, doña María del Carmen Fernandez, á quien se le advirtió el parentesco espiritual y sus anexas obligaciones. Y para que conste lo firmo. — (Libro de bautizados, folio 269 vuelto.) »

Doblemos la hoja de las tristezas para ocuparnos de cosas mas agradables, mas pintorescas ó por lo menos mas entretenidas.

La autoridad ha mandado cerrar las tabernas de Madrid á las doce y los cafés á las dos de la mañana.

Es una medida salvadora.

Antes estaba uno seguro de chocar por las noches con diez ó doce alumnos aprovechados de Baco, y las pobres mujeres contaban desveladas las tres, las cuatro y las cinco, mientras que sus maridos arreglaban el país y gastaban los cuartos y la salud en los cafés.

Y sin embargo, ¡lo que somos! la autoridad ha sido calificada de reaccionaria y de liberticida.

— ¿Qué puede esperarse de un gobierno, decía ayer un trasnochador, que cierra las tabernas y los cafés? ¿Pues qué no es un derecho ilegible beber vino á la hora que á uno se le antoje? Esto se va... esto se pierde... ¡Los sacrificios que hemos hecho los liberales se malogran de fijo!

No se malograrán.
Los clubs sostienen el fuego sagrado, el amor á la autonomía.

Ya no hay solo oradores varones y oradores hembras; hay oradores infantiles.

Noches pasadas pronunció en el club del Norte un discurso un niño de ocho años llamado Victoria. El auditorio le aplaudió entusiasmado.

— El día menos pensado, dijo al saberlo un personaje político, vamos á leer en algun periódico la noticia de haberse formado en tal ó cual inclusa un club de recién nacidos que pide la república federal ó el absolutismo ilustrado antes que el biberon ó las papillas.

¡Al paso que vamos no sería extraño!
Sigue quejándose la gente de que no hay dinero.

Será verdad, pero la dirección del que fué Real Patrimonio ha recaudado en ocho días mas de treinta mil reales por las licencias expedidas para entrar en los jardines de la Casa de Campo.

Si á esto se une que pasan de cincuenta mil los españoles que en este momento gastan en el extranjero cien reales diarios unos con otros, no puede menos de decirse que no falta dinero, sino patriotismo.

En efecto: los cinco millones diarios que deja España en Francia durante los meses de julio, agosto y setiembre son una sangría de fatales consecuencias.

Cuando las cosas entren en caja será muy conveniente que se obligue á los españoles á serlo ó á no serlo.

Los cinco milloneros dando vueltas por España harían la felicidad de muchas familias trabajadoras y los extranjeros no se reirían de nosotros.

Apesar del abandono en que vive la industria, no falta quien trabaje.

Un catalán acaba de inventar un papel de fumar al que ha dado el nombre de *Rayo*.

Este papel inutiliza los fósforos.

El cigarro se enciende frotando simplemente la punta con el papel de vidrio de la caja que contiene el papel.

Adios las inflamaciones de los mistos, los suicidios con fósforos, los apuros del fumador cuando hace viento. ¡Es una gran invención, digan lo que quieran!

Aunque las letras están muertas, me consta sin embargo, que el inspirado poeta Antonio Hurtado ha terminado un libro de leyendas y cuadros de costumbres que se titulará *Galas de Madrid*.

Un íntimo amigo mio ha leído á varios escritores una comedia que se representará en el invierno próximo si la política lo permite.

La lectura proporcionó agradable solaz á los que asistimos á ella, y como los teatros están dejados de las manos de los poetas de talento ó sirven los groseros instintos de las pasiones políticas, me propuse obsequiar á mis lectores con algunos fragmentos de la obra cuyo protagonista es el *dinero*.

Su autor se ha propuesto demostrar que es un error creer que todo lo consigue el vil metal.

¡Sí, Rey del mundo es el oro,
Por eso su esclavo he sido!

Dice el personaje principal de la obra al ver que toda su fortuna no le basta para obtener la mas vulgar de las felicidades, la del hogar, la de la familia.

Como la comedia se ha de representar, cuando esto suceda contaré detalladamente su argumento.

Como *primicia* reproduciré una escena en la que el marqués, que es el protagonista, da á conocer su carácter mientras despacha el correo con su secretario particular.

En el fondo de esta breve escena hay un mundo de amarga filosofía.

Oigan ustedes.
El secretario llega y el marqués mostrándole las cartas que hay sobre un velador, le dice:

MARQUÉS.

Esas cartas...

SECRETARIO.

¡Al momento!

(El marqués se arrellana en una butaca mientras su secretario abre las cartas, las lee de prisa y le da cuenta de su contenido.)

SECRETARIO.

Tres ó cuatro peticiones
De viudas...

MARQUÉS, arrojándolas á la chimenea.

¡Vengan... al fuego!

SECRETARIO.

Un industrial que desea
Someter á Usia un proyecto.

MARQUÉS.

Ya estoy harto de industriales

Y de sabios... rompa Vd. eso.
¿Qué mas hay?

SECRETARIO.

En este oficio

La condesa del Recuerdo,
Tesorera de la Junta
De Damas de Honor y Mérito,
Para la Inclusa suplica
Un óbolo ..

MARQUÉS.

A mi cajero

Que envíe veinte mil reales
Para aquellos pobres huérfanos.

SECRETARIO.

De un cesante es esta carta;
Le han dejado sin empleo,
Tiene tres hijos y dice...

MARQUÉS.

Que se lo cuente al gobierno.

SECRETARIO.

El juez de primera instancia
Que debe fallar el pleito
De Usia, escribe negándose
A recibir el obsequio.

MARQUÉS.

A ver su carta. (Lee.) « Marqués,
» La justicia es lo primero,
» Usted no tiene razon,
» Y aunque el oro es un gran cebo,
» Estimo en mas mi conciencia;
» Le perdono y le devuelvo
» Los diamantes... » — ¡Bravo! ¡Bien!
Ha dado un sublime ejemplo
De abnegacion, de heroísmo.
Escribale Vd., diciendo
Que no esperaba otra cosa
De su rectitud, del celo
Que en favor de la justicia
Desplega .. y al mismo tiempo
Ponga Vd. una notita
Para el ministro, pidiendo
Su traslacion y su plaza
Para un juez menos derecho.

¡Qué triste, pero qué verdadero es todo esto!
El marqués recibe poco despues una leccion.
Tiene enferma á su hija y se vanagloria de que siendo rico puede llamar á los mejores médicos, apurar todos los recursos.

Un amigo le desengaña.
— Podrás llamar á las lumbreras de la ciencia, le dice, pero aunque lo desees no podrás despertar su compasion, inspirarles el deseo de aliviar el dolor que sufres.

Y para demostrárselo, añade este ejemplo:

« Llega el médico hasta el lecho
Del rico que alivio busca,
Y la riqueza le ofusca
Y mira allí honra y provecho.
— « Si le salvo... — el interés
Es natural en el hombre:
Se dice, ganaré nombre,
Seré llamado despues
A otras casas principales
Y asistiendo á millonarios
Creerán mis honorarios,
Me envidiarán mis rivales. »

El enfermo se oscurece
A sus ojos, el dolor
Al lado del esplendor
Ni siquiera le entristece.
Nadie allí huérfano queda
Ni pobre, ni un consuelo,
Todo es allí terciopelo,
Diamantes, gasas y seda...
No le suplican, le adulan;
Los que van y los que vienen
Solo una esperanza tienen:
En vez de sufrir calculan.
Si hay un muerto, hay una herencia,
Y del egoísmo en pos
¿Cómo ha de permitir Dios
Que alcance el triunfo la ciencia?

En cambio llega al hogar
Do una pobre madre espira,
Y en torno suyo no mira

Mas que fúnebre pesar.

No hay galas, no hay esplendor
No hay codicia enmascarada,
No hay honorarios... no hay nada...
Pero hay conciencia, hay dolor.
Se apiada de la que muere,
La caridad le domina,
Llama á la ciencia divina
Y triunfa... ¡porque Dios quiere!
Puede la ciencia comprar
El rico... ¡ciencia sin alma!
¡La que los dolores calma
Solo Dios la puede dar!

En buena ley, hay exageracion en todo esto; pero no deja de ser cierto lo que dice el poeta.

El otoño se acerca, pero pocos, muy pocos son los viajeros que vuelven.

Nos hallamos en vísperas de presenciar grandes sucesos.

El gran problema debe resolverse en setiembre, lo mas tarde en octubre.

Dios se apiada de nosotros y dé una buena inspiracion á los que nos gobiernan, ó por lo menos fuerza á los que queremos el bien para acabar con los que nos proporcionan el mal.

J. NOMBELA.

Madrid 31 de agosto de 1869.

Poesía.

VELADA.

¿Sientes el viento que ruge,
Que el mar con impetu azota?
¿Oyes cuál las olas gimen
Al estrellar en las rocas?

Las altas bóvedas visten
Anchas, pesarasas sombras,
Y el sol escondió sus rayos,
La tarde huyó pavorosa.

Ven, mi bien, y bajo el techo
Del hogar, linda paloma,
Nos contaremos á un tiempo
Nuestras pasadas historias.

¡Tú me dirás los suspiros
Que arrancó tu alma afanosa,
Tus triunfos, tus ilusiones,
Tus miradas seductoras!

¿Quién sabe, si yo en el libro
De tus tranquilas memorias
Ocupo un lugar! ¿Quién sabe
Si está mi nombre en sus hojas!

Yo te contaré.... Mas, oye,
Cómo retumban las olas...
Te contaré, vida mia,
Mi triste y huérfana historia.

¿Cuántas veces he mirado
Mi alma destrozada y sola
Como ese mar que se agita,
Y triste como esas sombras!

¡He visto mis ilusiones
Deshechas, las fibras ondas
Del corazon á pedazos
¡Ay, cien y cien veces rotas!

Pero en la postrera página
Del libro de mis memorias
Hay una luz que ilumina,
Una esperanza que brota:

Es un ser angelical
Que convierte en dichas todas
Las desventuras y penas
De esas épocas remotas.

¡Tal vez tú sabes el nombre
Que hoy el corazon invoca!...
¡Ya no mas llanto en mis ojos,
Ni en mi lira quejas roncadas!

¡Luz de mis horas de duelo,
Pues mi corazon te adora,
Eres tú la última página
Del libro de mis memorias!

CARLOS WALKER MARTINEZ.

Viaje de la emperatriz

y del

PRÍNCIPE IMPERIAL, DE LION Á TOLON.

El autor de los dibujos que publicamos escribe lo siguiente:

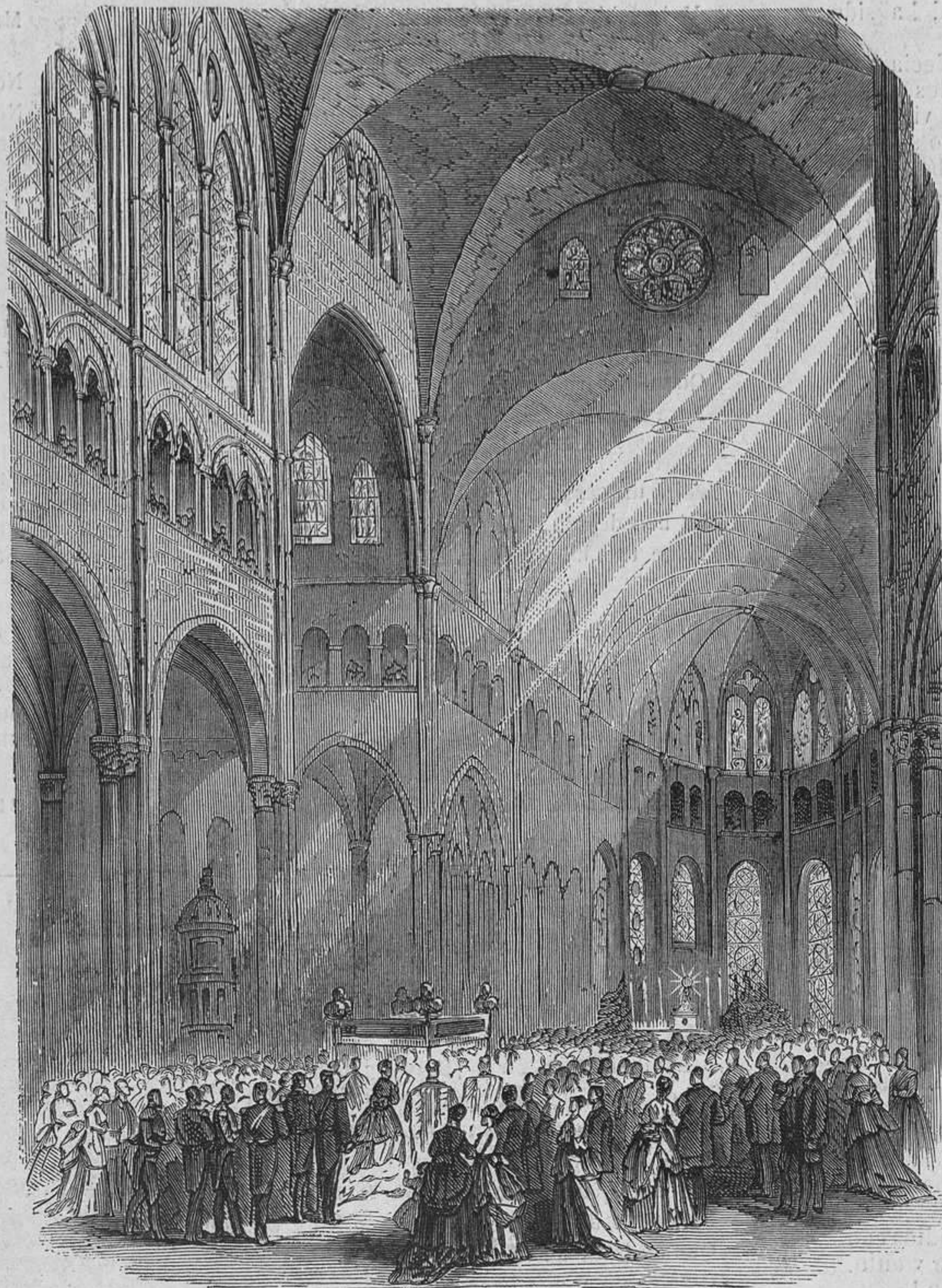
Acompañan á mis dibujos sobre el viaje de la emperatriz algunos apuntes escritos á la ligera y sin pretension de ninguna especie; pero que retratan con toda exactitud los hechos ocurridos.

El tren imperial que habia salido de Fontainebleau á las ocho y media de la mañana, entró el 24 de agosto á las cinco de la tarde en la estacion de Perrache, donde esperaban á Su Majestad el general conde de Palikao y M. Chevreau, prefecto del Ródano.

En el salon dispuesto para recibir á la emperatriz y al príncipe, estaban reunidos los principales funcionarios, que deseaban saludar á la emperatriz: eran las primeras palabras de bienvenida que Lion dirigia á su soberana.

Despues de una alocucion de M. Vidal Galline, vice-presidente del consejo municipal, el séquito de la emperatriz se puso en marcha y S. M., que habia tomado asiento con su hijo en una carretela descubierta, hizo su entrada en la ciudad.

No hablaré de los festejos oficiales, de los escuadrones de dragones y de húsares que precedian y seguian á S. M., ni de la formacion de las tropas; solo diré que habia una inmensa muchedumbre llena de respeto y de simpatia que aclamaba la emperatriz y al príncipe imperial. Victoreaban, arrojaban ramilletes á la carretela imperial, y S. M. y el príncipe imperial estaban cubiertos de flores cuando llegaron á la catedral. Hacia largo rato que la iglesia estaba atestada de gente y lo mismo en la nave que en los costados habia sillas amontonadas que formaban observatorios peligrosos, pero



Viaje de S. M. la emperatriz y del príncipe imperial á Lion: recepcion en la iglesia de San Juan.

que servian perfectamente para ver á los augustos visitantes. A las seis menos cuarto, la campana de San Juan se ponía en movimiento para anunciar la llegada de la comitiva, y el cardenal Bonald á la cabeza de su capítulo metropolitano, recibia á Su Majestad bajo el pórtico de la iglesia.

Uno de mis dibujos figura esta recepcion. Despues de la ceremonia religiosa, el séquito imperial se puso en marcha, tomando el puente de Tilsitt, la calle de San Luis el Grande y la calle Imperial, para llegar á las Casas consistoriales, donde las autoridades y los convidados esperaban á S. M. en los salones.

Un episodio: Mientras tenia lugar el desfile ante la emperatriz y el príncipe, que se hallaban en un estrado, la muchedumbre que llenaba la plaza de Terreaux, victoreaba de tal modo, que la emperatriz y el príncipe debieron salir al balcon del palacio municipal, donde les acogieron las mas vivas aclamaciones.

Lo mas notable del segundo dia fué la visita de la emperatriz al asilo de Santa Eugenia, fundado por orden de S. M. Mas que la vispera aun, el sentimiento popular se manifestó con aclamaciones y aplausos al paso de la soberana, cuya piadosa solicitud al visitar esos establecimientos filantrópicos visitaba, digámoslo así, sus propios dominios. Tambien mando un dibujo de este episodio del viaje de Su Majestad.

Al salir del asilo de Santa Eugenia, la emperatriz y el príncipe imperial visitaron la Croix-Rousse, luego el Palacio de Comercio, y el dia terminó con una revista de las tropas, que pasaron la emperatriz y el príncipe en el Gran Campo.

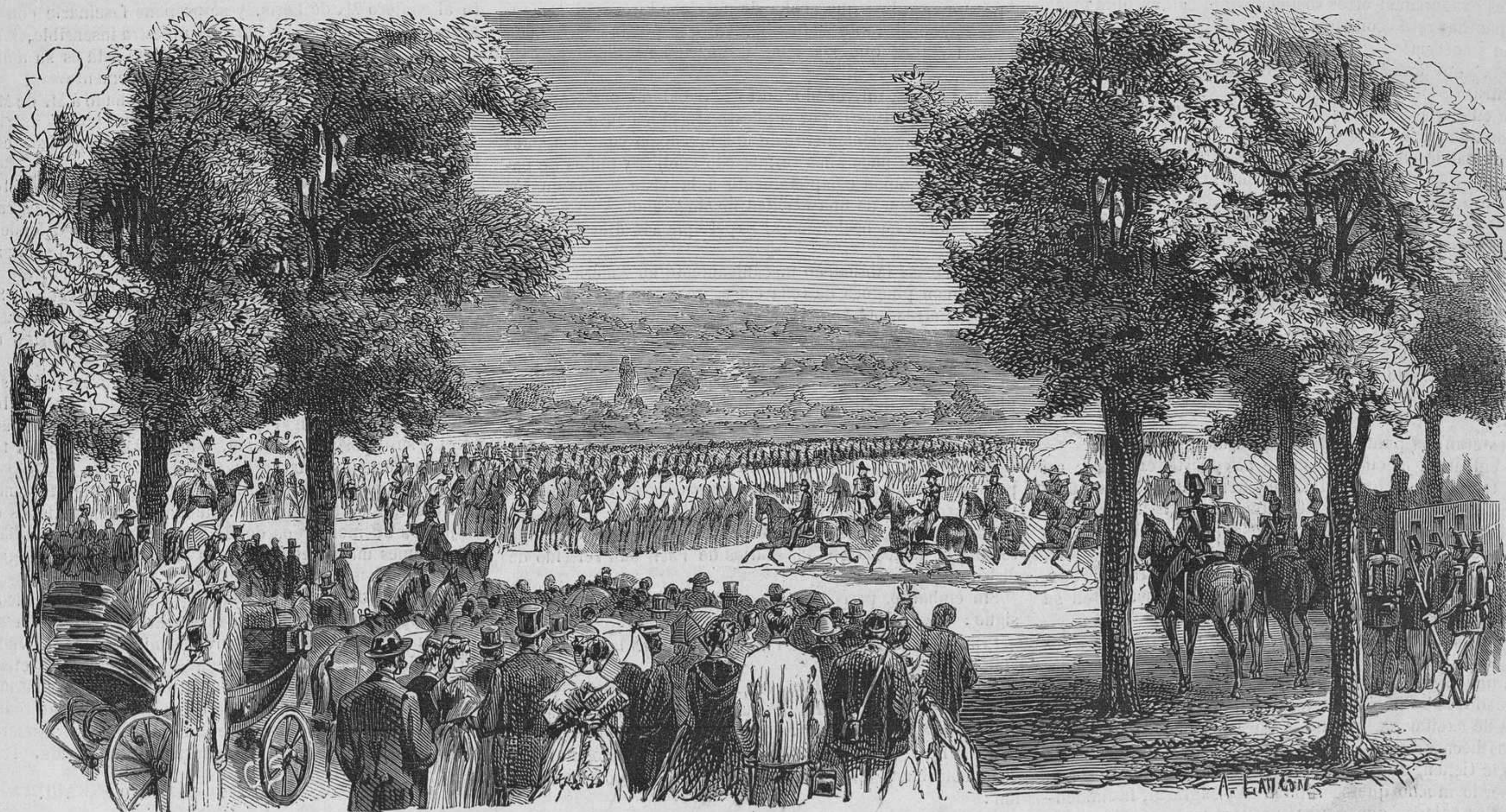
El 26 de agosto la emperatriz y el príncipe imperial salieron de Perrache á las ocho y se dirigieron á Tolon. Aqui concluye la primera etapa; mas la semana próxima seguiré trabajando con el lápiz y con la pluma.
J. L.



LION. — Visita de la emperatriz y del príncipe imperial á Santa Eugenia, asilo fundado por S. M.



LION. — La emperatriz y el príncipe imperial, visitando el palacio de Comercio.



LION. — S. A. el príncipe pasando la revista del Gran Campo.

Revista de Paris.

No se han concluido como parecia las alarmas de la gente de Bolsa. Despues de calmada la agitacion que señalamos la semana última, hubo el lunes otra tormenta promovida por la consabida causa, la salud del emperador, asunto general de las conversaciones de hoy en dia, y que segun las noticias mas ó menos inquietantes, hace en la Bolsa la lluvia y el buen tiempo. Por ejemplo, se anuncia que el emperador ha paseado por el parque de Saint-Cloud, que ha trabajado con los ministros, que se dispone á hacer su aplazada visita al campamento de Chalons, é inmediatamente el 3 por 100 salta de júbilo, se pone por las nubes, y los demás valores bursátiles, que no son pocos en este gran mercado cosmopolita que se llama la Bolsa de Paris, le siguen en su ascension, dejando consternados á los bajistas. Pero al otro dia se dice que S. M. á duras penas puede salir de su cuarto, que los cuatro médicos Nelaton, Fauvel, Ricord y Corvisard, no han salido en toda la mañana de Saint-Cloud; que no se recibe á nadie, ni aun á los ministros, que el estado de la temperatura es muy contrario al enfermo, y otras particularidades del mismo jaez, y se produce en sentido inverso un movimiento bursátil, y los bajistas que ayer andaban tristes y mohinos, se muestran hoy orgullosos y arrogantes. En estos combates de la especulacion, cuando son los bajistas los que triunfan tienen contra sí á todo el mundo, pues todo el mundo se halla hoy interesado en esos valores que ellos con cualquier pretexto desprestigian y arrojan por los suelos para realizar sus beneficios.

No hay para qué añadir que si el lunes fué dia de baja, el martes hubo alza, y aunque no se conquistó todo lo perdido, se acentuó lo bastante el movimiento para que el público en general cobrase ánimo. Dias pasados dijo un periódico que el emperador contaba hacer una visita á la Bolsa, pues queria presentarse en medio de los hombres que tanto se interesan por su salud: si esto sucediera, no hay duda que los bajistas llevarian un golpe, del que tardarian en reponerse largo tiempo.

Otra cuestion hemos tenido en la última semana, que aunque pertenece á un orden de cosas muy distinto, ha excitado las pasiones en grado superlativo, lo que es tanto mas de extrañar cuanto que se trata de una cuestion artistica.

Ya saben nuestros lectores que se está construyendo en Paris un gran teatro de ópera, construccion que se lleva con mucha lentitud, y de la cual se nos enseña de cuando en cuando, una vez la fachada, otra los adornos.

Con efecto, últimamente se han descubierto los grupos decorativos y las estatuas de la fachada, y con este motivo se han entregado los periódicos á una polemica animada y viva.

El grupo mas discutido es el que representa el Baile, obra de M. Carpeaux, que ha dividido á la opinion pública en dos campos enemigos. Figura una porcion de bacantes y danzantes de la antigüedad; y en tanto que los unos dicen que le falta poesia y grandeza, que es una obra groseramente pensada, groseramente cincelada, con formas materiales exageradas; otros sostienen que es una obra maestra que ha roto con la tradicion clásica y que rebosa verdad y energia.

Hasta aquí la discusion no tiene nada de extraño; antes al contrario, prueba que no se ha extinguido completamente en Paris el culto de lo bello, y que el público se apasiona aun por las cosas artisticas.

Pero estando en esto, hé aquí que una mañana aparece el grupo de M. Carpeaux con una enorme mancha de tinta. Una mano malévola arrojó á la escultura una botella llena de tinta, que fué á estrellarse en el muslo de una bacante. Fácil es concebir la agitacion que la noticia de esta profanacion inusitada causó en el público.

La plaza de la Nueva Opera se cubrió de gente que discutia con mas calor que nunca.

¿Qué motivo habia guiado la mano del que arrojó la botella de tinta? ¿Era un enemigo personal de M. Carpeaux? ¿Era un adversario en el dominio artistico? ¿Era en fin, un Tartuffe escandalizado de la desnudez y actitud de las figuras?

Tales eran los puntos que se discutian.

Sin embargo, la cuestion no se ha puesto en claro; así como tampoco se ha podido obtener indicio sobre quién puede haber sido el autor del atentado artistico; pero lo que sí se ha hecho ha sido limpiar completamente la célebre mancha. La ciencia se mezcló en la cuestion, y una vez analizada la clase de tinta empleada contra el grupo, se aplicaron los disolventes que le han restablecido en su primitiva pureza.

Hé ahí el hecho que ha preocupado á los parisienses durante unos dias.

Era una novedad: un acto vandálico que se producía en la ciudad que se llama civilizada por excelencia, no podia menos de excitar en tan alto grado la atencion pública.

Otros hechos hay que deberian tener eco también y que ya no le tienen, no porque no inspiren interés y curiosidad, sino por lo mucho que se repiten. Verbigracia, la infidelidad de los cajeros, que parece ha llegado á ser como una epidemia.

Si se tratara de unos cuantos miles de francos escamoteados por un dependiente infeliz, que apenas cuenta con medios de subsistencia, el hecho se comprenderia; pero no es eso: se trata de hombres que disfrutan sueldos considerables y que, sin embargo, malversan los fondos que se les confian en proporciones enormes.

Apenas se ha juzgado á Taillefer, cuya historia conoce el lector de estas revistas, cuando hé aquí que aparece Brochon, el secretario general de la Compañía inmobiliaria que ha sustraído de las arcas de la sociedad la suma de 783,360 francos.

Este era mas que un cajero, un empleado superior que habia sabido granjearse hasta tal punto la confianza de su Administracion, que de 1863 á 1866 no se le pidió ninguna justificacion de sus cuentas, de cuyo modo ha podido atribuirse á mansalva aquella crecida suma.

¿Cómo se gobernaba?

Brochon ejerció de 1854 á 1867 el cargo que hemos dicho de secretario general de la Compañía industrial, llamada hoy Compañía inmobiliaria, con el sueldo de 15,000 francos anuales: no le incumbía manejar fondos; pero como contaba con la entera confianza de los administradores de la Sociedad, tuvo á su disposicion grandes caudales, de los que se apropió una buena parte.

Su obligacion consistia en realizar ciertas cantidades sobre recibos firmados por los administradores; y además estaba autorizado á cobrar en las cajas del Crédito moviliario las sumas correspondientes á ciertos pagos que hacia la casa.

Ya hemos apuntado que de 1863 á 1866 no pidieron los administradores á Brochon ninguna justificacion de sus cuentas, gracias á la confianza que tenían en él; pero denunciado á la Compañía en el año siguiente, se examinó su contabilidad y debió reconocer que habia un desfaldo de 783,360 francos en perjuicio de la Compañía.

Entonces se hicieron convenios que desinteresaron en parte á la casa, y los hechos que acabamos de referir habian permanecido secretos; pero la justicia tuvo conocimiento de ellos por otro pleito intentado contra los administradores, y así se han divulgado.

Por supuesto que todos estos fraudes se cometen porque en nuestros dias la fiebre de la especulacion se ha apoderado de todas las cabezas. Cualquiera creeria que un hombre que disfruta de 15,000 francos de sueldo anual, bien seguro, pues la estabilidad de ciertas casas está al abrigo de toda duda, deberia darse por contento; pero nada de eso, al contrario, esa bonita posicion inspira ambiciones y para satisfacerlas se suele echar mano hasta de medios culpables.

¡Y en qué cosas se emplean esos capitales debidos al fraude! En las empresas mas aventuradas, en la quimérica explotacion de las invenciones mas locas.

Todos los dias los periódicos nos anuncian alguno de estos descubrimientos que pueden labrar como por encanto la fortuna de un hombre. Pero eso sí; siempre es preciso que este hombre á quien se le ofrece ocasion de enriquecerse, principie por aprontar dinero, porque es de rigor que el inventor se muere siempre de hambre. ¡Y rara vez el lazo se arma en vano.

No hace mucho tiempo nos vino de América la noticia de que se habia inventado un papel impermeable de tal perfeccion, que hasta podia servir para contener líquidos.

No se echó en saco roto, y hé aquí que en el dia otro inventor nos dice que acaba de fabricar un papel tan resistente, no obstante su flexibilidad, que puede coserse con igual facilidad que las telas ordinarias de algodón y de lana.

Una camisa, un vestido de este papel no costarán mas de sesenta céntimos, por supuesto sin la hechura.

Es un perfeccionamiento de una invencion conocida, pues sabido es que hace años se fabrican cuellos y puños de papel que engañan completamente á la vista y que en los países frios son de una utilidad incontestable.

¿Qué no se ha hecho con el papel aplicado á la vestidura humana?

En 1866 se fabricaban mecánicamente en América camisolines con pliegues de toda clase, enaguas lisas y con volantes, gorras, etc.; en 1868 se inventó el sombrero de papel, y ahora se habla de otro papel donde pueden estamparse todos los dibujos y todos los colores, que se corta de la pieza como las telas, y que se cose sin que haga ningun pliegue y sin que se rompa, para hacer con él camisas, vestidos, chalecos, pantalones y paletós: una vestidura completa, si se exceptúan los zapatos.

Pero para fomentar esta nueva industria, se necesitan capitales, y hé aquí las empresas que seducen á los que están deseosos de improvisarse una fortuna.

No queremos pasar en silencio una historieta á la vez terrible y grotesca que los diarios de Paris han referido de distinto modo.

Sin embargo, parece ser que la verdad del caso es como sigue:

Era en una barbería de Paris situada en la calzada de Maine.

Un pobre jornalero entra en la tienda, se sienta y presenta su barba al Figaro de humilde condicion, dueño del miserable establecimiento.

El barbero dispone su navaja, jabona al parroquiano, y echándole hácia atrás la cabeza, le pregunta con tono burlesco:

—¿Qué diria Vd. si le degollara, ahora que estoy con la navaja en la mano?

Nuestro hombre naturalmente da un salto al oír tales palabras.

—No haga Vd. caso, añade el barbero, soltando una estrepitosa carcajada: es una broma.

Pálido todavía, vuelve á sentarse, y la operacion continúa.

Pero á todo esto el barbero tenia un aspecto terrible: sus ojos echaban chispas y temblaba.

¿Qué debia hacer el parroquiano?

Si se levantaba, podia herirse, y no se atrevia á hacer un ademan.

Permaneció pues inmóvil, contemplando de reojo á aquella fiera que tenia su vida en el filo de su navaja.

¡Horrorosos instantes!

De repente el barbero, sonriéndose con un aire siniestro y con los ojos inyectados de sangre, levanta la mano y exclama:

—¡Vas á morir ahora!...

Y adelanta su mano.

Afortunadamente el otro adivina el ademan antes de verle, retrocede bruscamente y se echa hácia atrás lanzando un grito.

Entonces ocurre una escena verdaderamente aterradora: el barbero, navaja en mano, se arroja furioso sobre su víctima, que tiene que apelar para defenderse á toda su destreza y su energia.

Al ruido acude gente y se apoderan del barbero que estaba loco, y que tuvieron que llevar á una casa de sanidad en el acto.

La broma era pesada.

Vamos á concluir con nuestra acostumbrada ojeada á los teatros parisienses.

Como se acerca la temporada de otoño, las empresas teatrales se van animando.

En el Francés acaba de ponerse en escena, con el título de *la Advenediza*, una comedia en cuatro actos, original de M. E. Riviere, que aunque conocido ya por algunas novelas de mérito, hacia aquella noche en el teatro sus primeras armas.

La advenediza es una figura moderna, un tipo de nuestra sociedad actual, que no puede menos de interesar en la escena.

Veamos hasta qué punto ha sabido sacar partido de él el autor de la nueva obra.

La protagonista es madama Calendel, de quien habla todo el mundo en Paris, tanto por la rápida fortuna que ha sabido hacer, como por su belleza.

Una amiga suya, madama de Sarrans, viuda, jóven aun, y que frecuenta los salones aristocráticos, acaba de recibir la visita de M. de Leris, á quien ha conocido en sus viajes, á tiempo que la Calendel se presenta y la exige que le venga de un desaire; la vinda se somete, y consiente en ocupar en una rifa filantrópica el puesto que ha desdeñado una señora de elevada alcurnia, porque sabia que debia tener á la advenediza por vecina.

Antes de pasar adelante, explicaremos esta sumision: madama de Sarrans ha tenido la debilidad de escribir cartas á un hombre, M. de Mercey, y estas cartas se hallan en poder de su amiga, y son el talisman á cuyo beneficio la sacrifica á todos sus antojos.

Madama Calendel, que tiene todos los caprichos de la mujer rica por casualidad, el afan de figurar, el amor al lujo, el deseo de ser la primera en todo y por todo, ha visto al viajero M. de Leris, y se propone fascinarle con sus seducciones; pero M. de Leris se muestra insensible, y adivinando ella que tiene una rival, y que esta es su amiga, quiere hacerla ceder ó se vengará terriblemente.

—Confesad á M. de Leris que habeis amado á M. de Mercey, ó si no yo le entregaré las cartas que poseo.

M. de Mercey es otra víctima de la advenediza, es el hombre á quien debe su fortuna.

Con el magnetismo de su hermosura, con su coquetería estudiada, ha obtenido de él cuanto queria, grandes capitales para las especulaciones de su marido M. Calendel, y luego aquellas cartas que le daban el predominio sobre madama de Sarrans.

En presencia de tan terrible alternativa, madama de Sarrans confiesa su falta, que deja aterrado á M. de Leris, quien no por eso se inclina ante la advenediza, sino que antes bien la desprecia mas que nunca.

Pero á todo esto M. de Calendel se arruina en sus especulaciones, y la advenediza, que se ve en la miseria, abandona el hogar conyugal para ir á correr mundo, dejando en él á su esposo que la ama, y agota en un solo dia tantas y tan crueles amarguras.

Todo esto es afrentoso, repugnante, horrible. El cuadro está recargado seguramente: Madama Calendel no es una mujer, es un monstruo, donde se encuentran acumuladas las pasiones mas viles coronadas con un rasgo de ingratitud llevado hasta lo imposible.

El público de la primera noche se mostró simpático al autor; pero su triunfo, verdaderamente hablando, ha sido un triunfo de amigos. Tanta inverosimilitud y tanta violencia producen algunas escenas de gran efecto; mas en general chocan demasiado, y si á esto se añade que la inexperiencia de M. Riviere resulta clara y palpable en toda la comedia, se comprenderá que, no obstante su esmerada ejecucion, *la Advenediza* no contará una larga vida.

MARIANO URRABIETA.

Juan Cristiano Oersted,

POR MULLER.

La historia de los hombres grandes es también la historia de su época, y una parte de la historia de la humanidad. Sus obras y sus hechos son hijos del espíritu del tiempo y ejercen poderoso influjo en la posteridad más remota. Celébranse ennobreciendo los héroes de la espada con monumentos de piedra, ya que sus hechos suelen darse al olvido con las heridas que causaron: los héroes de la ciencia se crean á sí mismos su memoria, por cuanto duran sus obras con la dicha que promovieron.

Mientras se lean libros, se acordarán los hombres de Guttenberg, y mientras el vapor impulsa embarcaciones, carruajes y máquinas, no se dará al olvido á Watt ni á Fulton.

Asimismo, cuando por toda la tierra hayan tendido su red los alambres del telégrafo electro-magnético y enlazado en espíritu é inteligencia á los diversos pueblos, también volará entonces el nombre de Oersted por todos los países, y no habrá lengua que no le ensalce.

Juan Cristiano Oersted nació en 1777, en la pequeña ciudad de Rudkjøbing, en la isla danesa de Langeland, donde su padre ejercía la facultad de farmacia. Criado en medio de la escasez, fué instruyendo el niño por sí mismo. Con un viejo tratado de aritmética que vino á caer en sus manos, aprendió los elementos del cálculo; de un vecino alemán aprendió la lengua alemana, y con el trato con algunos hombres doctos, amigos de su hermano menor, que más adelante vino á ser ministro de Justicia de Dinamarca, aumentó y corroboró sus conocimientos y el afán del saber.

Más adelante recibió de un maestro particular algunas nociones de latín para habilitarse para la botica, en la cual le hizo entrar su padre de practicante á la edad de doce años. En aquella pobre botica empezó á conocer y á amar las ciencias naturales, y en especial la química.

Pero con todo, mucho trabajo le hubo de costar dar vado al genio, y no sin grandes dificultades, lograron ambos hermanos ponerse en disposición de entrar en la Universidad. Por fin pasaron á Copenhague en 1794, y en medio de las más estrechas privaciones, dieron principio á su carrera científica.

No tardaron los dos hermanos en tomar caminos diversos, por cuanto el más joven se dedicó á la filosofía y á la ciencia del derecho; al paso que el mayor, que es el objeto de esta reseña, se dedicó á la astronomía, á la física y á la medicina; más nunca se separaron sus corazones, que siguieron unidos toda la vida.

En tranquilo y motejado retraimiento vivían ellos para las ciencias; y tan solo al fogoso Oehlenschläger se le permitía entrar por aquel tiempo en el sagrario de su pura felicidad.

La edad juvenil de estos íntimos amigos vino á coincidir con aquel grande período de fermentación de los tiempos modernos, que había de dar á luz una nueva primavera.

Surgía ya en todas partes y en todas las situaciones de la vida un espíritu nuevo y ardiente. La revolución francesa había hecho pedazos la mohosa fábrica del feudalismo, y el hálito de la libertad se levantaba de aquellos escombros para despertar á otros pueblos.

En Alemania, habían creado Kant y Fichte una filosofía viva, y Schiller y Goethe empezaban ya á abrir la flor de la poesía. Y cierto que no podían quedarse en zaga las ciencias naturales. Werner había dado nueva forma á la geología, Lineo á la botánica, Cuvier á la zoología, Brown á la medicina; Priestley y Lavoisier, derribando los antiguos elementos, habían dado á la química el carácter de ciencia, y Galvani y Volta habían mostrado las honduras de la vida física y sus fuerzas actuantes.

Steffens fué quien, desde Alemania, llevó estas faustas nuevas á Dinamarca; y con él se intimó, lleno de entusiasmo, nuestro Oersted; quien no tardó en hallar ocasión de hacer ver en público la solidez de su saber y la claridad de sus intuiciones.

Ganó los premios ofrecidos por la Universidad á las mejores Memorias sobre varios puntos de medicina y filosofía, sufrió sus exámenes de farmacia y recibió, en 1799, el grado de doctor.

Un año después, tomó á su cargo la dirección de una botica; pero el ansia de penetrar más y más en las honduras de las ciencias le movió á salir de su país. En el año 1801 emprendió su primer viaje por Alemania, Francia y Holanda, en el cual trabó íntimas relaciones de amistad con los hombres famosos de su tiempo; á saber: con Schelling, Fichte, Schleiermacher, Tieck, Ermann, Weisz, Hausmann, y con el físico Ritter. A su regreso á Copenhague, en 1803, pretendió la cátedra vacante de física; pero no se la dieron, porque le tenían por filósofo; y la física, tal como se enseñaba entonces en las universidades, solo necesitaba profesores experimentalistas.

Con todo, logró para tres años al menos un situado de 300 pesos, y otra suma igual para sus experimentos; y así pertrechado, principió un curso, para personas instruidas, sobre la electricidad y el magnetismo, sobre el calorífico y el lumínico. Estos cursos, así como sus ensayos sobre las figuras acústicas, le abrieron finalmente, en 1806, el camino al profesorado.

Por este tiempo empezaron á germinar en él las pri-

meras ideas de su grandioso descubrimiento. Ya en sus *Consideraciones de las leyes químicas*, que publicó en 1813, expresó su presentimiento de la estrecha afinidad de las corrientes eléctricas, galvánicas y magnéticas. Así como el galvanismo no es más que una forma encubierta de la electricidad, ocurrióle que el magnetismo podía ser la electricidad en forma más encubierta todavía. Dirigió entonces todos sus conatos á estudiar y señalar los efectos de la electricidad en el iman, hasta que llegó por fin el momento, que solo puede compararse con aquel en que la musa de la poesía enajena al poeta, ó en que se ciernen delante del pintor las formas que en vano anduvo buscando toda su vida. Oersted convirtió la corazonada en realidad.

En medio de una lección que daba al público, presentóse á su alma el pensamiento, y sus oyentes fueron testigos de su primer feliz ensayo. Descubrióse la ley del electro magnetismo, que ha de dar tan óptimos frutos al mundo entero. Una breve noticia anunció á la ciencia esta gran conquista; y los físicos de todos los países se afanaron luego en beneficiarla.

Llovieron entonces sobre el descubridor diplomas y medallas; nombrósele secretario perpetuo de la real Sociedad de ciencias, director de la Escuela Politécnica, creada en Copenhague á instancias suyas, y finalmente consejero real.

Y no se limitó á este solo descubrimiento su actividad científica; pues todas las ramas de la física y de la química fueron testigos de sus profundas y agudas investigaciones. La física de lo bello y la armonía entre las leyes de la naturaleza y las leyes de la razón humana eran su pensamiento predilecto; porque en todo quería penetrar con unidad; todo debía ser la expresión de una idea única y eterna.

Llevado de este pensamiento, afanáse toda su vida por propagar las ciencias naturales, en las que estaba viendo la salvación de la humanidad. En 1823, fundó la *Sociedad propagadora de las ciencias naturales*, la cual daba cursos públicos, por medio de sus individuos, en las ciudades más importantes del país. No creía Oersted profanar la ciencia de la cátedra con sus exposiciones populares; y la vestidura fresca y poética que daba á sus disertaciones venía á ser para él un atavío que no desdecía de la gravedad de su musa.

En estas exposiciones, así como en sus tratados, conocidos en Alemania bajo el título de *el Espíritu de la naturaleza*, se manifiesta Oersted lleno de confianza en la saludable misión de las ciencias.

También tomó parte Oersted en los sucesos políticos de su país y de Alemania, defendiendo con calor los principios del progreso, ajeno siempre á todo rencor personal y á estrechas miras locales.

Murió este hombre extraordinario el 9 de marzo de 1851, á la edad de cerca de ochenta años. Su muerte fué tranquila y suave, propia de un cristiano que, en el estudio de la naturaleza, aprendió á acatar y amar á su Divino Autor, y que con la grandeza de sus conatos se mantuvo exento de toda pasión vulgar. Murió cabalmente en un tiempo en que empezaban ya á plantearse los telégrafos eléctricos, cuyo pensamiento surgió de su espíritu, haciendo desaparecer las distancias terrestres en beneficio de la vida pública y del trato de las naciones. Murió, como el árbol decrepito, contemplando á sus pies los robustos retoños que había sembrado en torno suyo.

ANTONIO RAVE.

Muerte de un avaro.

Acaba de morir en Madrid un hombre, cuyo nombre no quiero decir, que si Molière le hubiera conocido, habría hecho de él uno de sus inmortales tipos, como Harpagon Jourdan, Tartuffe ó Jorge Dandin.

El individuo á quien aludo figuraba entre lo más elevado de la sociedad madrileña, tanto por su nacimiento como por sus considerables riquezas.

Calculábase que estas ascendían á diez y seis millones de reales; lo que era muy suficiente para un soltero que apenas gastaba cuarenta mil reales al año.

Su miseria, de género distinto de la de mi avaro predilecto, revestía un carácter verdaderamente singular.

Era tacaño, y pretendía pasar por espléndido; era mezquino, y aspiraba á la fama de generoso.

De tarde en tarde, muy de tarde en tarde, celebraba una fiesta magnífica, un banquete suntuoso en su casa.

Entonces nada escaseaba, nada omitía para obsequiar, para deslumbrar á los convidados.

La comida, procedente de las cocinas de Lardy ó de Farruggia, era delicada, exquisita, abundante.

Los mejores vinos del reino y del extranjero, el Jerez y el Málaga; el Burdeos y el Champagne; el Oporto y el Johansbert, deleitaban el paladar de los bebedores.

Soberbios y legítimos habanos se servían después en bandejas de plata.

El café se presentaba acompañado de los más selectos y raros licores.

Los que conocían á fondo al Anfitrión se retiraban asombrados de aquel lujo.

Los que no se hallaban en el mismo caso creían haber encontrado un Lúculo, un Sardanápalo.

¡Pero de qué manera tan cruel expiaba el pobre-rico al otro día y en los siguientes su despilfarro del anterior!

Durante dos ó tres semanas, solo se alimentaba con los restos del festín, cuidadosamente recogidos y guardados.

El filete de vaca, duro como el cordobán; la galantina añeja, la fruta podrida, los dulces petrificados, los vinos agrios, todo, todo se consumía por el triste avaro y sus infelices criados.

La más sórdida economía reemplazaba á la esplendor de la vispera.

Los cigarros de á dos cuartos á los habanos de á dos reales.

Cuando el presupuesto fijo, invariable, austero, había vuelto á recobrar su equilibrio, se tornaba al sistema ordinario.

A veces se necesitaban para esto seis meses de abstinencia y de privaciones.

¡Y el oro, la plata, los billetes de Banco no cabían en su inmensa caja de hierro!

¡Y este hombre no era casado, no tenía hermanos, ni herederos forzosos!

¡Y á los sesenta y dos años no había hecho siquiera testamento!

Su fortuna inmensa, en buenas tierras, en casas excelentes, en valores efectivos, irá á parar á unas sobrinas huérfanas, que vivían en cierta provincia no lejana de Madrid, en la mayor estrechez.

Al menos el destino habrá hecho lo que no hizo la voluntad del que acaba de bajar á la tumba.

La hora de la muerte es siempre la de justicia.

Así los contemporáneos del difunto se la tributan con estas sencillas frases:

«Fué un hombre que no hizo mal ni bien á ninguno.»

Semejante oración fúnebre es concisa y elocuente.

Cuéntanse infinitas anécdotas de su vida, que forman la fotografía moral del individuo.

En 1866, cuando la crisis de los billetes del Banco de España, recibió de París una letra por cantidad bastante considerable. En ella se expresaba, según costumbre, que el pago había de hacerse en oro ó plata, con exclusión de todo papel-moneda.

X... presentó pues, la libranza al personaje contra quien venía girada, y exigió y obtuvo que se le abonase en metálico.

Pero sin volver siquiera á su casa con el dinero, hizo parar su coche á la puerta de un cambiante en la Puerta del Sol, y allí lo redujo á billetes, obteniendo una ganancia de tres ó cuatro por ciento.

Otra vez se retiraba del Casino á hora avanzada de la noche, cuando al atravesar la Carrera de San Gerónimo le detuvo un mendigo anciano para pedirle limosna.

Aunque X..., según se comprende, no contaba entre sus virtudes la de socorrer al indigente, aquel día estaba de buen humor, porque había percibido una gran suma procedente de sus rentas. Metió, pues, la mano en el bolsillo, donde sabía que entre otras monedas llevaba un cuarto, y se lo entregó al pordiosero con soberano orgullo, como diciéndole:

— ¡Quéjate de mi filantropía!

Al llegar á la calle del Baño le ocurrió una duda horrible.

— ¡Si con la oscuridad, se dijo á sí mismo trémulo, me habré equivocado! ¡Si habré confundido un cuarto con un doblon ó con una peseta!

Y á la luz del farol más próximo adquirió la seguridad de lo que recelaba.

Si: en lugar de los cuatro maravedises, había dado al viejo treinta y cuatro cuartos.

Cerciorarse de ello y correr en busca del mendigo, fué obra de un instante.

Proponíase manifestarle el error, y exigir la devolución de la moneda de plata.

Pero ¡oh fatalidad! Eran las tres de la madrugada; la noche estaba fría como de enero, y el pobre se había retirado á su albergue, satisfecho sin duda de su recolección.

En una palabra, X... no logró recobrar la peseta, y este disgusto fué uno de los mayores de aquella existencia feliz.

¡Feliz! No lo pudo ser careciendo de los vínculos sagrados de la familia; no practicando los sublimes deberes de la caridad; desconociendo los que impone una gran fortuna.

No condenemos, pues, á X... sino compadezcámosle, porque ha muerto sin haber vivido.

No constituyen la vida las sensaciones materiales, los placeres groseros, los torpes deleites.

No: la vida son los puros goces del corazón y del espíritu; la vida es la satisfacción que resulta de hacer el bien; el inefable contento que producen el trabajo y la virtud.

El mundo está lleno de antítesis y de contrastes: al lado del rico avariento podemos contemplar al millonario que hace noble y digno uso de los bienes que le ha deparado el cielo.

Este uso no consiste solo en socorrer las desgracias públicas; en aliviar las ignoradas miserias.

Hay que ejecutar algo más todavía: ¡Hay que proteger, hay que honrar el talento!

«Riqueza obliga,» se dice hoy; y tales obligaciones prescriben imperiosamente.

X... y sus semejantes son excepciones en la humanidad.

Generalmente las grandes fortunas son la Providencia de los grandes infortunios.

Es su misión, y los que las poseen, la comprenden y la practican de un modo admirable.

E.

El cable trasatlántico francés.

LÍNEA DE LA ISLA DE SAINT-PIERRE AL CONTINENTE AMERICANO.

Hemos seguido la expedición del cable trasatlántico hasta el momento en que el Great-Eastern, llegado al término de su viaje, se vió detenido por las nieblas. Era el 13 de julio y estaba en el sitio donde terminaba el cable costero colocado ya por el William-Cory, esto es, á 20 millas de la estación de tierra. La grande obra

estaba consumada y habia concluido su mision el Great-Eastern.

Cortaron el cable por última vez y fijaron su extremo á una boya que arrojaron al mar, mientras se aclaraba el tiempo para soldar los dos trozos.

Todo el día 13 se pasó en torno de las boyas; la niebla se disipó por la noche y el 14 amaneció con un sol radiante que doraba las abruptas cuevas de Saint-Pierre y de Miquelon. Inmediatamente la gente se puso en movimiento, y ya iban á recoger las dos extremidades del cable para soldarlas, cuando se esparció á bordo una mala noticia: la cadena se habia roto y el cable

habia desaparecido en el fondo del mar. Aunque el accidente no era grave, en razon á la escasa profundidad del agua, podia causar bastante tardanza, porque la boya se habia apartado durante la noche. Por fortuna todo se arregló pronto; la Scandaria y el William-Cory, hallaron y levantaron el cable costero, y mientras se procedia á la soldadura comenzó el desembarco á bordo del Great-Eastern.

La isla de Saint-Pierre no viene á ser mas que un enorme peñasco de pórfido que parece haber surgido del fondo de las aguas á consecuencia de algun cataclismo subterráneo. Nada mas salvaje y fatidicamente

de madera, y en un rincon un hornillo y algunos utensilios de cocina, á eso se reduce el mueblaje de la choza. Pero en medio de esta instalacion primitiva los aparatos telegráficos tan relucientes forman un contraste singular; no puede uno menos de sentir una admiracion profunda á la vista de esos instrumentos tan delicados, tan complicados, que han llegado hasta ese desierto y que harán de un peñasco perdido en medio del Océano el punto de apoyo de un puente arrojado entre los dos mundos.

Como ya hemos dicho, la estacion de las pruebas es provisional; por ella pasará una línea subterránea que

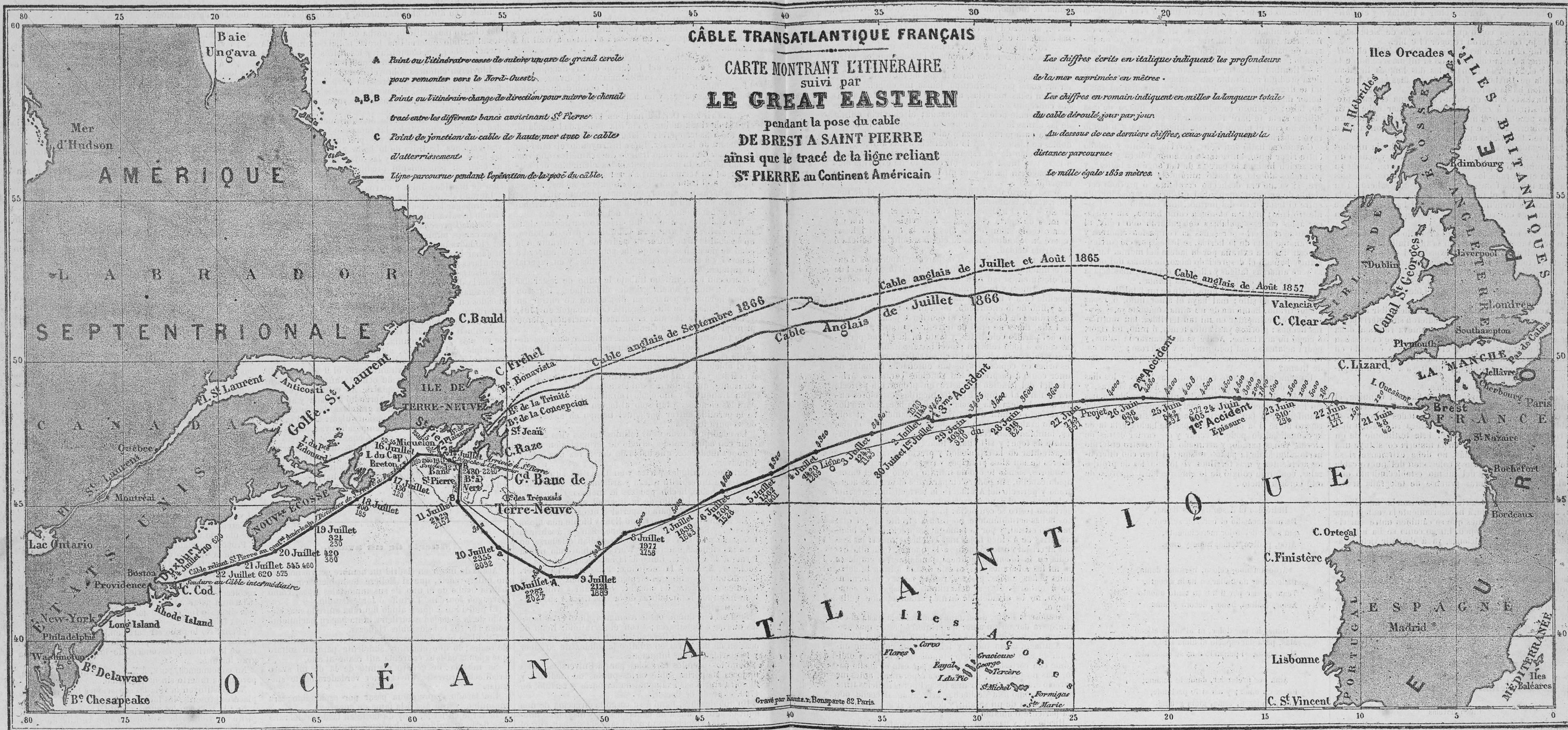
atravesará toda la isla, y las oficinas definitivas se establecerán en el mismo pueblo de Saint-Pierre.

Algunas horas bastan para organizar el puesto telegráfico y para cerciorarse del buen estado de la línea. A las seis se puede transmitir el primer despacho que firman sir James Anderson, director general de la Compañía del cable trasatlántico francés, y sir Daniel Gooch, presidente de la Compañía de telégrafos, parte dirigido á S. M. el emperador de los franceses. Otro despacho enviado por M. Bertsch, miembro del consejo teórico de la Compañía al director general de las líneas telegráficas de Francia, llevaba tambien á Europa la noti-

cia del buen éxito obtenido en esta empresa magna. En la mañana del otro día, 15 de julio, se comenzaba la colocacion del cable destinado á completar la comunicacion directa entre los dos mundos, poniendo á Saint-Pierre en comunicacion con el continente americano.

La distancia á la isla de Duxbury, que es el punto de la costa elegido para estacion, no es mas de 600 millas, y en todo este trayecto las aguas, relativamente hablando, son poco profundas.

Esta segunda parte de la expedicion no ofrecia pues, ninguna de las dificultades de la primera, y así solo



Itinerario del cable trasatlántico francés. — Carta levantada durante la colocacion del cable, por M. L. Brummel, nuestro corresponsal especial.

pintoresco que el aspecto de esa costa escarpada que baja á pico hasta el mar, y á cuyo pié se estrellan las olas con un ruido espantoso. Y el interior de la isla no es menos abrupto; no se ve un solo árbol, algunas retamas y algunos pinos enanos que se encuentran esparcidos en las anfractuosidades, resumen toda la vegetacion que ha podido acimatarse en este lugar donde falta la tierra; y además, ¿qué vegetacion resistiria á la intemperie de un clima donde el invierno dura seis meses cada año, y donde el frio es tan fuerte que la nieve no se derrite jamás en las vertientes expuestas al Norte?

En la parte meridional hay algunos centenares de chozas de madera en un sitio en que la costa es menos abrupta; ese es el pueblo de Saint-Pierre. Se pregunta uno cómo pueda haber hombres que consientan en vivir así aislados del mundo entero, en ese lugar tan inhospitalario. Y sin embargo, Saint-Pierre es centro de una industria bastante activa para que el año último, el cable submarino que pone en comunicacion la isla con la línea trasatlántica inglesa haya dado una cifra de beneficios de mas de mil libras esterlinas, suma que representa casi exclusivamente el precio de los despachos relativos á la pesca del bacalao. No será uno de los

menores servicios del cable trasatlántico francés el de poner en relacion directa con la metrópoli una colonia que no carece de importancia.

El punto elegido para la estacion se halla al Norte de la isla donde un trozo de roca desprendido de la masa principal forma un pequeño promontorio que se adelanta en el mar á cosa de cien metros. A una distancia casi doble de la extremidad de la punta, se eleva una casita hecha con piedras y maderos, y ella servirá de estacion durante el mes que ha de consagrarse á la prueba de la línea antes de abrirse al público. Algunas tablas en forma de mesa, una cama y unos banquillos

mencionaremos los principales incidentes del viaje. Esta vez ya no está en escena el Great-Eastern: los dos buques que le han escoltado en su travesia, el Chiltern y la Scandaria, van á emprender la obra, ayudados por el William-Cory, que debe seguirlos hasta Halifax.

El William-Cory está encargado de la colocacion del cable costero desde Saint-Pierre hasta 80 millas en alta mar; la Scandaria, que continuará la obra, lleva en sus cubas 450 millas de cable, y el Chiltern 160 millas, incluso el cable de tierra.

La flotilla se reunió, pues, el 15 en el estrecho que separa á Saint-Pierre de Miquelon, y el Great-Eastern

acudió por última vez á tomar parte en la operacion antes de regresar á Inglaterra.

A eso de las tres el William-Cory tomaba posicion á algunos centenares de metros de la estacion telegráfica. No insistiremos aquí en la operacion del desembarque del cable, que hemos descrito ya cuando hablamos de las obras ejecutadas en Brest; y nos limitaremos á decir que todo salió bien, que á las seis el segundo cable estaba junto al primero, y que las comunicaciones eran buenas entre el buque y la estacion.

Llegado el momento, los diferentes buques se pusieron en marcha al ruido de una cuádruple salva de ar-

tilleria. El Great-Eastern se encaminó hacia el Este y desapareció muy luego en el horizonte, en tanto que los otros tres buques se dirigian hacia América, escoltados por el aviso inglés el Gulsar, que no habia cesado de acompañar á la expedicion.

El 17 de julio en la tarde el William-Cory habia concluido de colocar la primera seccion de la línea. Ahora le tocaba á la Scandaria; pero sobrevino una tormenta y se hizo imposible la soldadura. Poco faltó para que hubiera un suceso trágico: los tres buques estaban juntos, y á consecuencia de una falsa maniobra se entrecrocaban el Chiltern y el William-Cory, sufriendo el

primero algunas averías, que le obligaron á arribar á la bahía mas próxima para repararlas. Abandonaron pues, el cable sobre una boya, y en la mañana siguiente llegaban al cabo Breton y entraban en una de las numerosas bahías de la costa de Nueva Escocia.

Un día no mas tardó el *Chiltern* en ponerse en estado de navegar, y el 17 de julio al amanecer, levantaban el cable á bordo de la *Scanderia*. Todo marchó bien en los dos dias siguientes.

El 20 á las cinco de la mañana hubo que detenerse de nuevo: esta vez el cable se habia perdido completamente; se habia roto de repente, porque se habia enredado en una de las cubas y habia desaparecido en el mar antes de que se hubiese podido parar el aparato de desarrollo. El *William-Cory* se habia destacado la víspera del convoy para marchar á Halifax, y el *Chiltern*, enviado á ejecutar sondeos habia desaparecido en el horizonte. Sea como quiera, al cabo de siete horas de trabajo, consiguieron recoger el cable.

Este fué el último accidente; el 22 de julio el *Chiltern* comenzaba la colocacion de la última seccion de la línea, y el 23 por la mañana los dos buques llegaban á la rada de Duxbury. Treinta y dos dias hacia que la expedicion habia salido de Brest.

En Duxbury como en Saint-Pierre, una estacion provisional situada á corta distancia del mar debe servir para las pruebas preliminares, mientras se establece un cable subterráneo que ponga en comunicacion la línea con la red telegráfica americana.

La llegada de la expedicion esperada hacia muchos dias, fué señalada con mucha anticipacion y acudió un gentío inmenso á presenciar el desembarco. Desde su entrada en la rada los dos buques se vieron rodeados por una infinidad de embarcaciones que salieron á su encuentro, y en el instante en que echaban el ancla una salva de frenéticos hurras saludaba el triunfo de la gigantesca empresa que por fin habia llegado á buen término.

Pero este no era mas que el prelude de la recepcion que reservaba á la expedicion la hospitalidad americana. Nos faltan palabras para expresar el entusiasmo que excitó en todos los Estados Unidos la gran noticia.

El viaje del *Great-Eastern* habia venido á ser el tema de todas las conversaciones, la cuestion palpitante, y los sabios que tomaron parte en él fueron tratados como triunfadores.

No acabariamos si tuviésemos que describir aqui las fiestas de toda clase que se sucedieron sin interrupcion durante mas de ocho dias. Cada nueva reunion daba lugar á brindis y discursos, en los que se expresaban en términos mas ardientes el entusiasmo causado en América por el feliz éxito de una empresa destinada á añadir un lazo mas á los que unen ya á la gran república con la Francia.

Dos palabras mas y concluimos.

En una de estas reuniones, sir Samuel Canning, el eminente ingeniero que ha tenido la alta direccion de la expedicion, declaraba que bajo todos conceptos el cable trasatlántico francés era la línea submarina mas perfecta que hasta hoy existe. Este testimonio de un hombre que es autoridad en la materia constituye una garantía preciosa; además, no debe extrañarse si se piensa que la fabricacion y colocacion del nuevo cable han corrido á cargo del mismo establecimiento que trabajó en las primeras pruebas de telegrafía transoceánica.

Paralela á la línea existente, pero mucho mas directa, la nueva línea tendrá necesariamente la ventaja para todas las comunicaciones que se cambien entre América y el continente europeo. Luego como se ha establecido en mejores condiciones, va á destruir victoriosamente el monopolio que ha existido hasta ahora en provecho de Inglaterra, y va á introducir en la telegrafía trasatlántica un nuevo elemento; la competencia, esa omnipotente palanca, ese nervio de la industria contemporánea.

Que se comparen las diferentes condiciones, que se saquen de ellas las conclusiones lógicas, y se podrán apreciar en toda su extension los inmensos servicios que la nueva línea está llamada á prestar, así como el porvenir que la espera.

L. B.

Curiosidad literaria.

Cinco novelas

ESCRITAS CADA UNA DE POR SI SIN LETRA VOCAL,

P. D. S. D. R.

LA SERRANA DE CINTIA.

NOVELA QUINTA ESCRITA SIN LA LETRA U.

— Dormido sol de esta sierra, Diana hermosa de estos montes, milagroso imán de las potencias de mi alma, norte de mis sentidos, centro del mismo amor, esfera de belleza, cifra de perfecciones, epitome de todo mi contento, señora del alma mia; despertad, mi bien; despertad, alegría del orbe. ¿No oís de los cantores pajarrillos la cántora y armónica capilla, cómo tambien os llama? ¿No miráis cómo el fresco airecillo, entre los

frondosos árboles licencioso, os da gritos? ¿Y cómo este arroyo de cristal, en sierpe hermosa de plata trasformado, á recordaros se anima? ¿No despertáis, gloria mia? ¿Es acaso por matarme mas de amor? ¿O por dilatarme mas el morir? ¿Hacéislo acaso adrede, ó compadecida, por no hacerme exhalar el ánima al miraros despierta? Morir feliz deseo á tan soberanos ojos. Despertad, despertad, señora, peregrina belleza, prodigio admirable de esta sierra.

De semejantes afectos impelido casi llegara á asirla del brazo el enamorado don Félix, si á este tiempo mismo la bella cazadora, despertando del dilatado silencio y terrible desmayo, pretexto del imaginado dormir, no lo impidiera poniéndose en pié animosa, y armándose con presteza notable del ligero arco y saeta contra el impensado amante: y si extrañando en él la deliberada osadía, amorosas palabras, caricias y ternezas, y mostrando tambien en el semblante triste y encapotado ceño, pesar grande de hallarse de él tan cerca, con aspreza de palabras y de rencor llenas, no las atajara, diciendo:

— Hombre bárbaro, ó fingido amante, ¿si de belleza prodigio admirable me llamas, cómo insolente á mí te llegas deliberado á tocarme y profanar el sacro honor de mi intacto templo? Apártate, grosero, mentido, falso; engañoso cocodrilo, ó con el hierro de esta militar saeta te haré reconocer los enojos con pasarte el pecho con el plomo de esta fingida daga y mínimo rayo: aparta, necio.

Cortado se halló don Félix, corrido, atónito y helado entre rigor tanto, entre tanto desamor, cólera y despejo: accion indigna le parecia de tan angélica belleza, y no menos atónito se halló mirándola bañada en sangre, si ya no era deshecho coral fino, ó preciosa corriente de granates, manantial misterioso procedido de entre el tesoro rico del hermosísimo cabello por el siniestro lado; mas tan alentada como briosa, sin satisfacer á las corteses palabras del gallardo don Félix, ni menos agradecerle por señas la compasion amorosa y entrañable pena de la herida, se le desapareció corriendo con ligereza extraña por la ladera del monte. En lágrimas bañado el despreciado mozo, de ansias mil oprimido y de amargas fatigas y aficiones cercado, maldecia la sierra, los montes, los árboles, las plantas.

— Mal haya, decia, la hora triste de mi fatal llegada á este encantado sitio; mal haya el amor niño, ó rapaz ciego, tirano, homicida de mi alma; mátame ya, y acabaré de experimentar en mí tan terribles, tan mortíferas flechas: glorioso ya si antes temia, ó niño, mi rigor, ó ciego no acertarme. Acabé ya de alcanzar la palma, y podrá aclamarse del todo grande y poderoso; ¿mas cómo podré morir, si me deja el alma, por preciarse mas de tirano?

En semejantes afectos entretenia las horas y los dias el triste don Félix enterneciendo las ásperas sierras, y regando con rios de lágrimas las mas insensibles peñas sin hallar remedio en tanto mal; y deseoso ya de poder manifestarle á tan experimentado y diestro médico, le reparó no sé si la dicha ó el impasible hado cierta tarde la comodidad de poder accechar y oír cantar detrás de ciertas peñas parado, y arrimado á ellas otro enfermo harto afligido de la pasion misma; si bien con diferentes accidentes y mas terribles si lo son los de prolijos celos, conforme coligió de lo enternecido y amoroso de este heróico soneto:

Hidrópico el deseo de mas llama,
De mas incendio el corazon sediento,
Sin sacar del ardor merecimiento,
Arde, padece, teme, gime y ama.

Arde amando, celoso, hermosa dama,
Padece por no hallar en nada asiento,
Teme perder por firme en tanto aliento
Amor, lealtad, honor, decoro y fama.

Gime, no por dolor, ni al ansia atiende,
Mas, para dar espacio al alma llame
Mas penas, si penando mas se enciende.

Ama por pretender, amor le aclame,
Fénix de amor; y así si lo pretende,
Arda, padezca, tema, gima y ame.

Repitióse por oírsele despacio la fama en otras ocasiones; si bien en esta eran cántoras ansias y lastimosas penas esparcidas al aire al son de las cristalinas corrientes de dos copiosos arroyos precipitados de lo alto de la sierra por entre dos peñascos obeliscos de ella, por lo excelso. Conociéronse á pocos pasos, y este fénix de amor era don Diego de Agramonte, hijo de don Sancho de Agramonte y grande amigo de don Félix, por serlo tambien los padres; tan noble era como él en la generosa sangre conforme la opinion y fama, y no de menos brio en el político proceder y casos de honra, si bien don Félix mas galán por adornarle el pecho la insigne encomienda de Cristo, orden de las militares, en este reino la mas noble; pero tan semejantes los dos en sentir amorosas pasiones, como si del mismo objeto se originasen y procediesen. Admiróse don Félix de encontrar, y esforzándose á mostrarle alegre semblante para mas festejarle, le abrazó afable y le rogó cortés se sentase

en la hojosa esmeralda y matizadas flores de la alegre dehesa, y le diese del no esperado pasaje entera noticia.

Gozoso don Diego de topar sin pensar tal amigo, le pedia lo mismo, otorgándose fácil al partido y amigable ofrecimiento. Mas sentados los dos en el apacible llano, entrambos callaron largo espacio de tiempo; se hallaron como inmortales y casi pegadas á las tímidas gargantas las palabras sin poder hablarse. Bien se holgara don Félix de aconsejarse con don Diego en tantas penas; mas pareciéndole irremediabiles, se reprimia, yéndose á la mano por no manifestarlas primero, temiendo y recelando como enamorado si llegaria por anticiparse á estado miserable de celoso, ó si perderia por determinado el deseado bien sin llegar á gozarle. Don Diego temia lo mismo, no con menor razon (como diremos), mas por no morir sin remedio, casi desesperado detenerle, empezó á referir del lastimado corazon las penas ansias de esta manera:

— Yo, amigo don Félix, como sabeis, nací en Cádiz; pero desde mozo residí siempre en Lisboa, generosa patria de forasteros; aficionado á amorosas empresas no por aficion interior, como otros mozos de mi edad, sino exterior, como por pasatiempo, jamás me empené demasiado en estas materias, antes me reia de los encarecidos conceptos de los finos amantes, pareciame gente demasiado ociosa y holgazana; el ejercicio militar de las armas le tenia por accion mas propia, decente y gloriosa para gente moza y alentada, y para los hijos nobles de Lisboa; y así lo encarecia á mis amigos, mas ellos se reian de mi esperanza, y me tenian por necio ó loco. ¡Ay Dios! y tan á mi costo lo he experimentado, y pago sin hallar para mi intrínseco mal el menor remedio.

Acaso, cierto dia de fiesta, si bien para mí el de mayor trabajo, conforme le ordenó mi desgracia, entré á oír misa en el insigne templo del Cármen, sentéme en la mesa de cierta cofradía, y esparciendo tan libre y exento como siempre los ojos por la dilatada iglesia, reparé en los admirables de cierto serafín de belleza ó peregrina deidad.

No os riais, don Félix, si os parecen hipérboles ó encarecimientos grandes, asistid y tened al toscos pincel de mi dictámen, si tan rara belleza posible es explicarse. De la hermosa y tersa frente el albor agradable, y de la apacible cara y honestas megillas el ampo de la candidez y fino de lo encarnado, no eran deshojadas rosas de los jardines de Chipre, no, ni odoríferos jazmines de los de Italia, flores no eran de terrestres paraísos; mas como del paraíso celestiales, y tanto en la beldad perfectas como á todo retórico pincel incomparables, los alegres y soberanos ojos dos preciosos zafiros eran, ó celestes orbes de copiosos rayos tan enseñados á matar de amor como á despreciar tan rendidos corazones. Arbitrio fiel del cándido alabastro en proporcion perfecta era la nariz al competir de las megillas los colores entre tanta belleza á la gracia y limitada boca, no era flor de perfecto carmin ó fino rosicler solamente, ni solo partido azahar precioso engastado en hermosos cristales, tambien eran centro de inestimables perlas ó diamante de tope; y si imitarlo todo le placia, era por no desacreditar en la estimacion y precio los tan preciosos tesoros de tan altos príncipes y reyes, monarcas y emperadores, siendo tesoro de infinito precio el del ensortijado cabello, sin poder compararse el oro mas acendrado y perfecto del Arabia. De la perfectísima garganta la belleza, y el candor excelente en sí misma con el del hermoso rostro se competia: mas oponiase el de las manos bellas acreditándose no lisonja afrente si del mas perfecto cristal, y por la fama menosprecio de los blancos lirios de á cinco hojas mas célebres; mas si las manos al cristal en lo cándido se le oponia, todo ella excedia en la inconstable fineza, jamás merecí emplease en mí los soberanos ojos, ni esta lisonja misma le debo, antes penas, ansias, pesares, rabias, celos y los tormentos á millares. Mas si determinais aconsejarme como amigo, no os enfadeis de oirme; estadme, don Félix, atento.

Acabóse la fiesta, determiné acompañarla hasta el coche, para dar en mi amor los primeros pasos; mas atajóme al instante cierto capitán de Flandes del hábito de Santiago, galán mozo y feliz amante conforme entendí de este bello prodigio: tomóla de la mano, y obligóme con cortesía á desembarazar por esto el ancho paso, mas no perdí por entonces las esperanzas, antes me pareció era bien calificar mas los primeros indicios irme de lejos, como á la deshecha, acercando al coche por saber la casa de mi serafín, y deslindar si el capitán seria pariente ó amante.

Hicelo así, y pasando pocas calles, apostó el coche á la del Oretó principal, y entraron en la primera casa á mano derecha. Hice informacion en otra enfrente, y diéronme residia en ella don Gerónimo de Cárdenas, con dos hijas: la mayor, recién desposada, llamada doña Clara, gallarda dama y moza de diez y seis años; y la menor, niña de seis años solamente; y á don Gerónimo yo lo conozco como á mí y le hablo casi todos los dias; él es mi amigo, y jamás conocí en Lisboa hijo ni pariente ni le tiene, conforme en diferentes ocasiones me informaron otros amigos, y así por cosa infalible tengo seria el capitán el esposo de mi adorado ángel. Así lo entendí y lo entiendo, y por eso no hice mas exactas informaciones.

Atormentado me hallé por los largos dias de ambiciosos celos, afligido, triste y melancólico por extremo, paseé la calle hartos dias; mas ni en las celosías de la casa, ni en el Cármen, jamás merecí encontrar la hermosa doña Clara. Crecia mi celosa enfermedad, crecía mi tor-

mento, y en casa le solia pasar encerrado, y tan triste como si en las mazmorras de Argel me hallara. Crecian mas mis penas, y así para remedio de ellas me aconsejaron amigos me retirase mas lejos del deseado imposible, y dejase por dos ó tres meses á Lisboa, y me emplease en otro amor si le hallase de mejor correspondencia y menos empeños sin oposicion de amante. No hay cosa, decian, para sanar de amor como elegir otro amor, ó poner tierra en medio; y así me retiré, amigo don Félix, á este paraíso de Cintia; en el palacio de ella paso, en él residí poco menos de dos meses, y para mayor desgracia mia, dos años me parecen cada hora, y dos siglos cada día respecto de las congojas y tormentos en este sitio padecidos; flores eran los de Lisboa en comparacion de estos: allá era el amor niño, y acá es gigante; allá podianse tolerar mis penas con el desengaño de elegido consorte, y acá son intolerables mis enojos por los desengaños de otro adorado objeto no interponiéndose pretendiente amante ni admitido esposo, si bien solamente en dos ó tres ocasiones cierta lámina ó retrato mirado de mi adorado ángel con decoro y agasajado en el pecho, posible seria ser de santo ó de santa; pero acechando yo de lejos y mirando sin ella entenderlo, me ha dado, os prometo, rabiosos celos. Y así ya el amor primero de Lisboa no me molesta, ni era bien yo le desease para propio, siendo conocidamente ajeno; mas este de Cintia me atormenta el alma, y se alza á mayores con mis sentidos y potencias, y si la mayor gloria de amor es amar correspondido, claro está padeceré en amar sin correspondencia el mayor tormento, pero diréos cómo.

Mi posada, amigo, es en palacio respecto de estar en él al presente cierta señora pariente de mi padre conforme él en Lisboa me dijo: dos meses ha llegó de la corte, mas como él profesaba amistad con el alcalde mayor, administrador de esta casa real, pidióle le hiciese este placer y comodidad, mientras en Lisboa hallase otra mas enamorada; mas pareceme se estará de espacio. Tiene esta señora por hija la mas linda perla del terrestre globo, mal la comparo; pero no sé cómo os encarezca de este ángel la belleza, sino es con el silencio; mas si os acordais de la de doña Clara por el retrato referido, la podeis delinear; y considerar en la idea, imaginando son todas las otras perfecciones referidas aire en comparacion de esta, y así no hallo cosa digna de compararsele.

Epilogo me parece de todas las beldades, ella es entre todas ellas el sol hermoso siempre en Oriente, y las demás son estrellas en tenebrosa noche; poco dije: ella sola en el semblante y agradable aspecto deidad parece, y si así no me explico, solo el silencio (como os dije) podrá retórico alabarla. Este es el objeto de mi amor solamente digno, este es el hechizo de belleza milagrosa de esta sierra, esta es la serrana del alma y reina de mis sentidos y potencias; mas apelemos á la noche donde en mi posada de palacio os la mostraré, y conoceréis si tengo razon de estimarla, alabarla, exagerarla, engrandecerla y perderle de amores por ella. En hábito de cazadora mirareis esta insigne Diana de la sierra, este admirable portento de los montes; y entre tanta belleza admirareis en femenil sexo el mayor rigor del orbe, en la mayor beldad la mayor tiranía de los hombres.

Ya le costó esotro día en este mismo sitio conforme me lo contó á la noche por retirarse á todo correr de cierto hombre galan no lo mirase abrirse la cabeza al saltar de esa peña, y hallarse al pié de ella por gran rato sin alma y bañados parte del hermoso rostro y de los cabellos de oro en acelerado rosicler y precioso manantial de sangre, por apartarse de los hombres, se entretiene entre estas peñas los mas días, y por enseñarse á matarlos con los ojos, como basilisco de amor, se ensaya en matar fieras con la saeta y arco. Doña Jacinta de Ribera se llama este celestial prodigio, esta oposicion y contrariedad de mi amor, y doña Catalina de Ribera la dichosa madre. Contadme ahora, don Félix, la razon de hallaros tan triste, si mi aficion os lo merece.

— ¡Ay! amigo don Diego, respondió el enamorado don Félix, rompiendo en rios de lágrimas, ¿cómo os lo podré contar ni referir si tambien, y con tan retórico estilo, primor y artificio, la teneis pintada? Cansaros seria si tambien la conoceis, si es la misma herida cazadora, la misma de la sangre Jacinta, la adorada prenda de mi alma, el milagroso iman de mis ojos y el agradable norte de mis sentidos. De mí se retiraria ese bello prodigio. ¿Mas cómo la alabo, cielos, si de mas tiempo la amais, don Diego, si infaliblemente he de perderla por desgraciado? Pero ¿cómo podré tener yo jamás felicidad ni dicha? Mas perdonad, amigo, mis excesos, y amadla mas desde hoy: razon es intenteis ser amado de tan peregrina belleza; ea, no desmayeis, por la porfia se alcanza en mil ocasiones lo mas difícil: la porfia mata caza, dice el adagio. Porfiad constante, obligadla solícito, y alcanzareis feliz del mayor rigor la palma, si no mas deseada, mejor merecida. Yo me aparto de la empresa y me iré á morir ó á habitar donde jamás de mí sepan los hombres, y ya me pesa en el alma de no reprimir mis inconsiderados pesares al principio por no añadirlos ansias; mas los repentinos clamores del alma son abortos de las pasiones, aclamados del ciego entendimiento con ardor impelidas, mas no legitimos partos del alma, por la razon y ponderacion patentes ó manifiestos, y así razon es me perdoneis, como os lo pido.

— Antes á mí me pesa con todo encarecimiento, respondió don Diego, de no saberlo primero para no añadirlos, amigo, mas penas y pesares; mas ya de ella desisto, y desde este instante me delibero y determino á

no acordarme de ella jamás para afecto de amarla. Amadla, don Félix, amadla sin contradiccion mia, y permita Dios haceros en esta difícil empresa tan dichoso como podeis desear y como yo os deseo.

— No soy tan descorrés ni descomedido, replicó don Félix; favores tan grandes estimo, como es razon, mas no es bien los acepte, siendo mas razon desistir yo de mi porfia y amoroso intento, mas ya desisto. Y si os agrada, yo os dejaré, don Diego, en la estacada de amor solo á competir esta incontrastable fortaleza; mas no me parece conforme os preciais de galan, y conforme la instancia haceis por dejarle en ella, aceptareis oferta y partido inferior en esta pretension amorosa; y así este me parece, amigo, no estará bien á los dos, por ser el mejor medio. Atendedme, don Diego, y si el hado ó mi contraria estrella os hiciere mas feliz, este será mayor contento.

La merced ofrecida de poder esta noche en palacio hospedarme acepto con condicion de dilatarse el hospedaje mas días hasta el final remate de esta empresa; pero los dos la asistamos finisimos amantes, y la pretendamos por todos los medios posibles hasta elegir ella misma el mas dichoso, y declararle por tal ó casarse con otro. En esta forma, amigo, y con este desengañado engaño no hay de parte á parte ofensas, pongámonos animosos en las manos del destino: declare ella para amado esposo al mas feliz, y ese sin contradiccion del otro la goce, la posea, y con ella se despose; y si acaso á mí me eligiere y agradare para dichoso consorte, de mis dos hermanas la menor, llamada doña Clara, como la alabada del Cármen, yo de mi parte os la ofrezco, y mi padre no la negará ganando tanta honra; mas si Jacinta os eligiere, yo me partiré al instante á la corte á casarme con cierta prima mia. Si este medio os agrada, aceptadle, y empecemos los dos á amar este imposible, á contrastar esta inaccesible roca, á oponernos á esta difícil eminencia, y á combatir y pretender ganar esta belleza rara, esta milagrosa perla, esta celestial perfeccion, cifra ó mapa de admirables perfecciones, y si no os agrada este medio, yo me iré al instante á Lisboa, por no haceros sombra á gozar los soberanos rayos de tanto sol.

Calló don Félix, otorgó don Diego el parecer por acertado, y dándose los dos palabra y mano de no apartarse de lo tratado, se partieron conformes de la sierra hácia el palacio, por ser ya tarde, pero algo mas alegres con la ambicion licenciosa de entrar en el terrible golfo de tan inciertas esperanzas.

En fin, entraron en el insigne palacio ya al anocheecer, mas no en mala ocasion respecto de entrar á esta hora misma tras de ellos la hermosa Jacinta retirándose del monte, contenta de traer cantidad no poca de conejos y perdices para la cena. Presentóselos á la madre con alegre semblante, y con el mismo recibieron las dos á don Diego y al amigo don Félix, mas sabiendo como le traian para hospedarse tambien en el palacio, no se holgaron tanto; mas ellos, no dándose por entendidos, empezaron cortesés á festejarlas y á celebrar de Jacinta la belleza, la gala, donaire y bizarría, si bien ella poco caso hacia de ellos, mas no alojaron por eso en los intentos comenzados.

Llegóse la hora de la cena, y á la misma mesa madre é hija y los dos amigos amantes, permitiéndolo ellas con llaneza, cortesía ó nobleza castellana cenaron conformes, y platicaron alegres hasta esparcirles el soñolento Morfeo arena por los ojos, y ser hora de ir á recogerse los dos amigos. Así lo hicieron, despidiéronse cortesés de madre é hija; pero en los amores comenzados insistian cada día con mayor afecto é instancia con notables intercadencias en el rigor de Jacinta; pero siempre constantes, alternando finisimos empeños, ofreciéndole copiosos dones ya de olorosas flores y artificiosos ramilletes, ya de costosas galas y ricas joyas de perlas y diamantes, sacrificándole penas, ansias, lágrimas, tormentos; pero ella, siempre indiferente con entrambos, si bien á don Diego parecia inclinarse mas, pero no con amor declarado con mas agrados, si en lo exterior y con mirarle mas afable; pero alcanzólo con esta traza y ardid notable, conforme él decia si ya no era por conformidad ó simpatía de los astros. Dió don Diego en lisonjearla y alabarla todas las acciones de rigor y aspereza, y exagerarlas de honestas, de recatadas, nobles, modestas é insignes; decíala era la contraria condicion en las damas peligrosa y de infinito riesgo; fingia agradecerse de ella tanto por el despejo como por la belleza, y hallarse satisfecho, pagado y contento solo con amarla. Mi amor, decia, es el mas fino, mas noble y excelente del de todos los hombres. Yo amo solo por amar sin esperanza ni atencion al premio, y ya le gozo en la excelente eleccion del mas soberano objeto.

Por contrario camino procedia don Félix; teniala infinito amor, hacia excesos notables por agradarla; mas hallándose desfavorecido, reprendiale, y si bien con palabras amorosas entre afligido y amante, decíala dejase de ser ya tan agreste, tan áspera y tan semejante á la irracional fiera de la sierra mas indomable y otros para ella pesares semejantes; mas al instante arrepentido y en lágrimas bañado, postrándose á las plantas, pedía con instancia le perdonase generosa y le admitiese amable si no por feliz, por constante, por firme, por leal amante; mas era clamar en desierto. ¿Cómo se podrá contrastar lo incontrastable? Así respondia, si acaso respondia tierna ó afable en todas las pláticas; en todas las acciones esparcia rigores, hasta que en cierta ocasion, acechándola en el jardin de mañana al coger de los rosales rosas, escapándose por entre ellas cinco ó seis pajarillos, y volando hácia lo alto, la oyó cantar con gentil donaire y donosa aspereza estas endechas, y ella

en ocasion permitió se trasladasen por ser contra los hombres.

Parad pajarillos,
No voleis tan presto;
Mirad si estas rosas
Os dicen lo mesmo.

Ellas os lo piden,
Las hojas abriendo,
Esparciendo olores,
Y el oro del centro.

Con picos de plata,
En el nacar bello
Bebed el rocío,
No voleis sedientos.

Copas de coral;
No son de desprecio,
Ni perlas, ni aljofar
Se estiman en menos.

Mas si de los hombres
Temeis los enredos,
Bien haceis, volad,
Volad hácia el cielo.

Yo os acompañara
A poder hacerlo,
Y libre de ingratos
Lograra contentos.

Son los hombres
De tratos siniestros,
Todos son traidores,
Dios me libre de ellos.

Falsos y engañosos,
Esto es lo de menos,
Los mas de á dos caras,
No pocos de á ciento.

Para con las damas,
El noble y discreto,
Si no las engaña,
Se tiene por necio.

El mentir es gala,
Tan hallada entre ellos,
Como entre nosotras
El término honesto.

La lealtad en hombres,
Todo es fingimiento,
Todo hipocresía,
Risa y pasatiempo.

Llegar de las faltas
Al fin por extenso,
Es tan imposible,
Como hallarles medio.

Volad, pajarillos,
Volad si discretos,
Temeis de los hombres,
Lazos y embelecios.

Hallándose en fin don Félix tan triste, despreciado y afligido por no hallar otro remedio, se determinó á grangear por tercera á Inés, criada de casa, y empezó á obligarla con caricias y doblones, si acaso son dos cosas diferentes, y manifestándole el amoroso incendio y deseado objeto, le prometió satisfacer diligencia y pasos, y gratificárselos grandiosamente si saliese con la empresa; sentíase la Inés tan enamorada de él, como él de la desamorable y hermosa Jacinta, y así holgó tan notablemente con la ocasion; y en cinco ó seis, sangrándole de la bolsa le dió á entender era él solo el adorado con extremo de Jacinta, y le hizo creer se moria por él y le pagaria presto tantos excesos, finezas, con entregarle el alma en amoroso lecho tal noche; pero dándole primero palabra de esposo por papel firmado, y no de otra manera, y palabra tambien de asistir con todo secreto y el silencio posible, respecto de dormir doña Catalina en la interior sala, y ser posible recordar, y oírle. Dióle así crédito don Félix, y permitiéndole todo



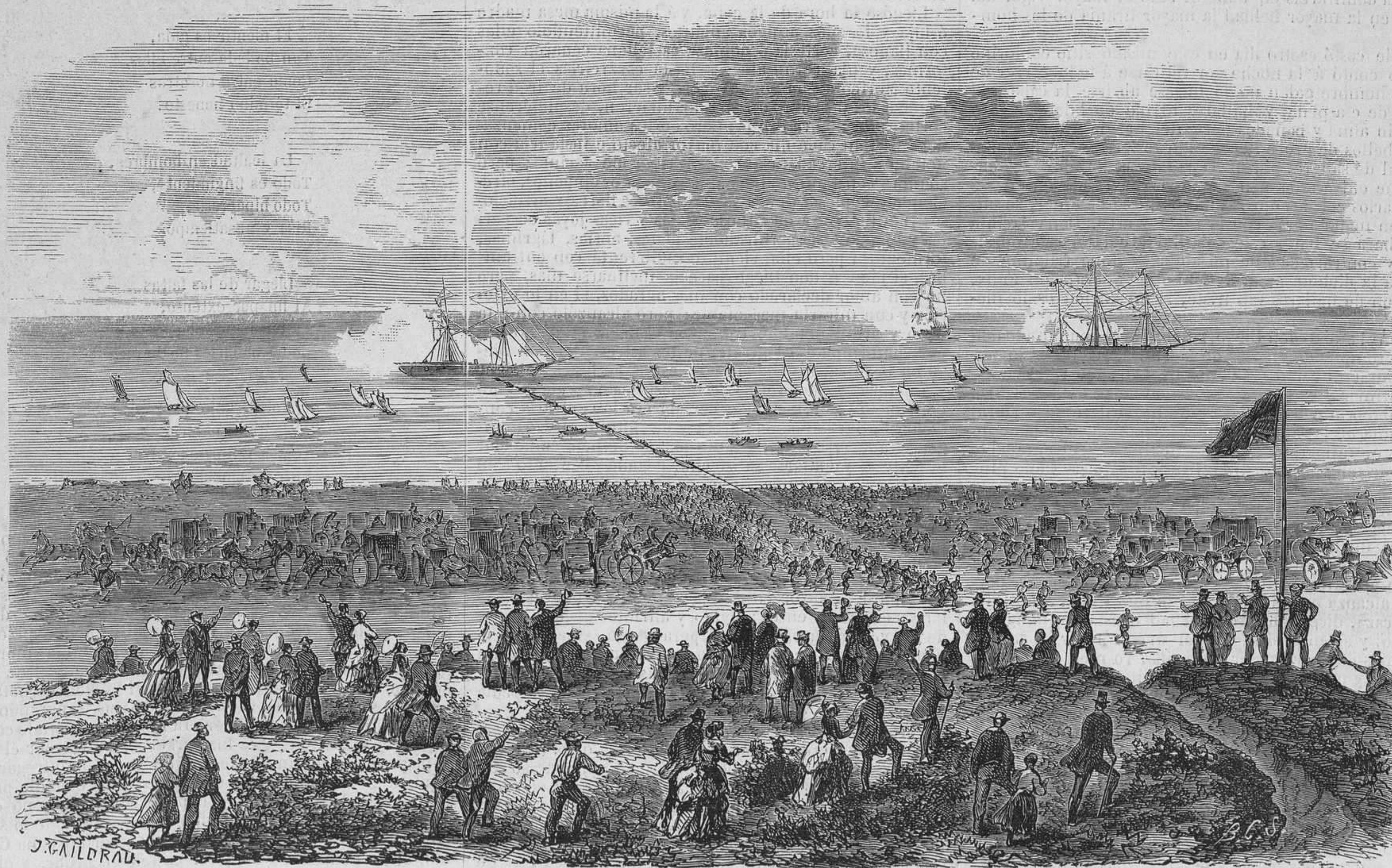
El cable trasatlántico francés. — Desembarque de la extremidad del cable destinado á unir la isla de Saint-Pierre al continente americano.

secreto, le parecia cada hora de dilacion mil años.
 En fin, llegó la señalada de la prometida y deseada noche, entró alegre y gozó amantes caricias, finezas y

delicias de la infiel criada y fingida Jacinta, y al dormirse ella entre los brazos, le cogió de la garganta por donaire, con intento de dársela en otra ocasion la gar-

gantilla de aljófares ó perlas de estaño, bien parecidas á ella en lo falso.

(Se continuará.)



Desembarque del cable terrero en Duxbury (Massachusets).

J. CALDRAU.

Exposicion

DE LA ESCUELA DE BELLAS ARTES EN PARIS.

Concursos y envíos de Roma.

El elemento profano que se ha introducido desde hace algunos años en el cuerpo profesional de la Escuela de Bellas Artes comienza á dar sus frutos; las obras ex-



Envío de Roma. — Perseo, cuadro de M. Blanc.



Premio de Roma (grabado.)
La Fortuna y el Niño, medalla de M. Soldi.



Envío de Roma. — Pitonisa, escultura por M. Bourgeois.

puestas por los laureados acusan una juventud, una independencia de forma y de concepcion que han sorprendido mucho al público: los adeptos del clasicismo están consternados. Con efecto, el vencedor del torneo

en la pintura, M. Merson, ha roto con la tradicion abiertamente. La Escuela, sin embargo, habia tomado bien sus precauciones: el asunto del concurso era de lo mas puro y sagrado que existe en materia de leyendas. ¿Có-

mo imaginar que el Soldado de Maraton pudiese suministrar los elementos de una composicion jovial? Es verdad que la mayor parte de los alumnos no han faltado á la disciplina: en sus composiciones uniformes,



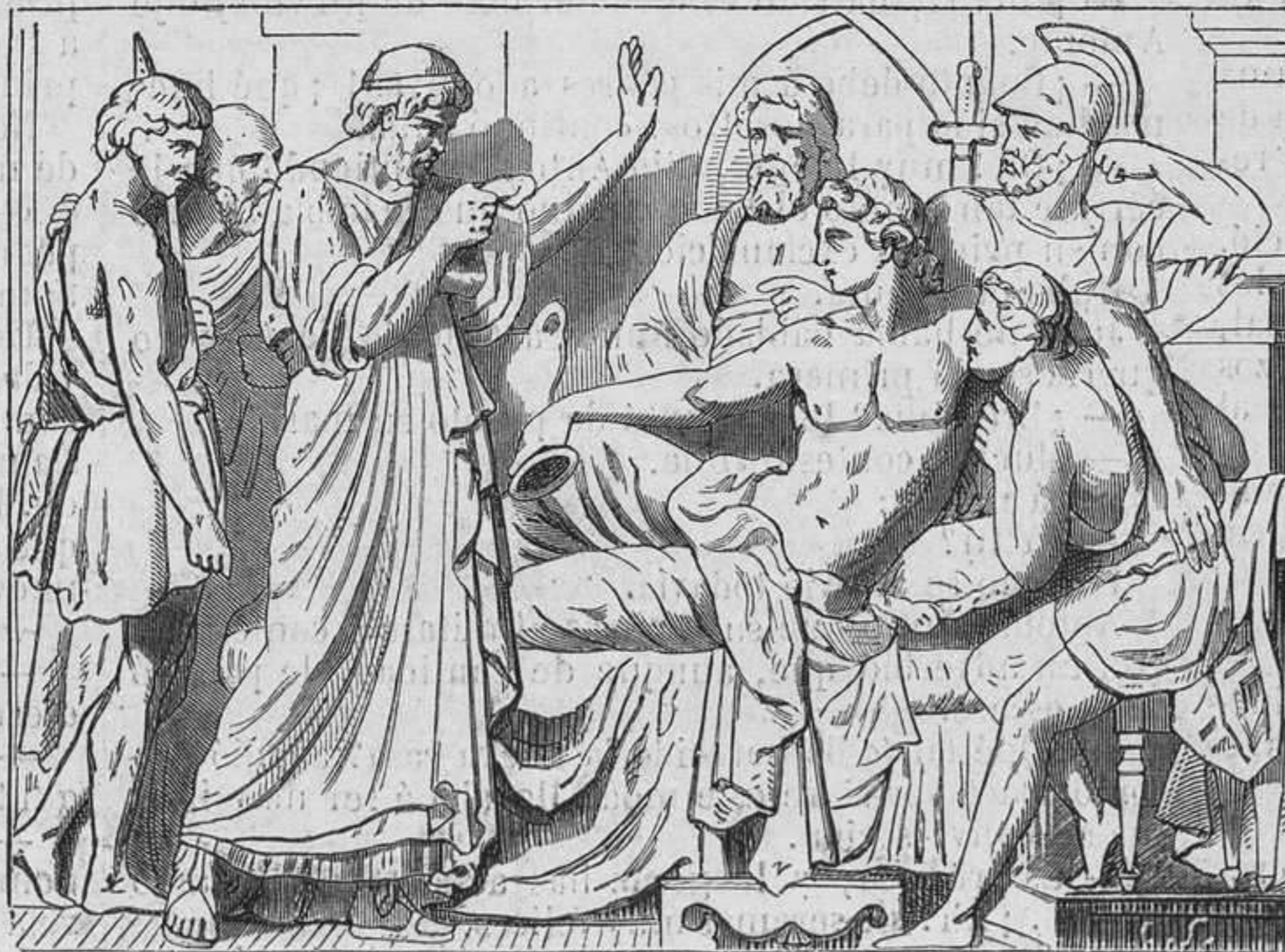
Premio de Roma (pintura). — El Soldado de Maraton, cuadro por M. Merson.



Envío de Roma. — Judit y Holofernes, cuadro por M. Regnault.

en cambio de originalidad, se encuentra bastante ciencia del dibujo y del grupo, pero M. Nicolás Merson ha hecho otra cosa: sin renegar la tradicion griega la ha interpretado á la moderna. La Escuela de Bellas Artes, sin duda haciendo un gran esfuerzo ha recompensado el mérito de la obra y el público ha ratificado su buen juicio. El cuadro de M. Merson es incontestablemente superior á los de sus competidores: tiene vida y movimiento y en la mayor parte de sus personajes se notan excelentes cualidades de dibujo.

Mucha circunspeccion, sin embargo, se necesita al hablar de M. Merson, pues hay muchas cosas que necesitan explicacion en la obra de este artista. Por ejemplo, no le diremos que su héroe cae con poca gracia al pié del tribunal, porque un hombre caido no hace nunca una figura graciosa, sobre todo cuando la caída llega al fin de una carrera rápida. El soldado de Maraton, sin aliento ya, debia desplomarse como una masa: así lo ha comprendido y expresado M. Merson.



Premio de Roma (escultura).
Alejandro enfermo y su médico Filipo, bajo-relieve de M. Allar.

Con el gran premio de escultura volvemos al clasicismo y no tenemos motivos de quejarnos. Hé aqui el asunto en dos palabras:

En el momento de tomar una pocion preparada por el médico Filipo el Arcanio, Alejandro recibe una carta en que le dicen que desconfie de la medicina y del médico, pues quieren envenenarle. El rey de Macedonia, que tiene entera confianza en el facultativo vacia la copa de un trago y da la carta á Filipo: « los dos hombres se miran, » dice el catálogo.

M. Allar ha sabido tratar este asunto: los dos principales personajes tienen mucha verdad de expresion, y la dolorosa sorpresa que se pinta en el rostro del médico, dice mucho mas sobre la lealtad de sus intenciones que pudieran decir las mas enérgicas protestas. Esto es lo que no han sabido comprender los demás competidores que han tratado el asunto del programa.

El gran premio del grabado en medallas ha sido para M. Soldi. El asunto era la Fortuna y el Niño, de La Fontaine, grupo

que se concibe fácilmente. La obra de M. Soldi se recomienda por la gracia de la composición, la finura y precisión de detalle.

Pasemos ahora á los envíos de los pensionados en Roma. M. Regnault ha expuesto un cuadro que está por concluir; pero no por eso patentiza menos su talento. En este lienzo, si el asunto es antiguo, la composición y el color pertenecen á la escuela moderna. Lo que distingue particularmente la obra de M. Regnault es el colorido, la riqueza de tonos: el autor de *Judit y Holofernes* parece haber meditado largamente la famosa teoría de la influencia del azul en las artes y la traspota y la practica con un incontestable buen éxito. El efecto de su cuadro es verdaderamente maravilloso: los deslumbramientos de la vista paralizan la crítica que, por lo demás, debe mostrarse muy reservada con una obra no concluida.

El *Perseo* de M. Blanc, es una excelente pintura decorativa: el héroe vigorosamente configurado como debía serlo el vencedor de Medusa, se eleva en los aires arrebatado por un Pegaso, quizás algo raquítico; el joven pintor se ha encontrado en presencia de un problema de escorzo que no ha resuelto de una manera satisfactoria. Excepto en este punto su obra es muy notable, sobre todo si se considera que es un envío de primer año.

Los envíos de escultura son recomendables también, y como ejemplo reproducimos la *Pitonisa* de M. Bourgeois que honra sobremanera á este artista. La inspirada actitud de la sacerdotisa está expresada con una energía que produce un gran efecto. M. Bourgeois la eligió joven y hermosa; esto es, como fueron las primeras que hubo, pues sabido es que cuando el tesaliese Equecrato robó una de estas en Delfos, se decidió que no habría ninguna más que no hubiese cumplido cincuenta años. Con efecto, el corazón tiene á esa edad menos arrebatos. Así lograron tener pitonisas más extravagantes y más accesibles á las alucinaciones, y era todo lo que querían los sacerdotes encargados de explicar los oráculos, esto es, de dirigir la comedia.

Pocas cosas dignas de crítica encontramos, á nuestro modo de ver en la obra de M. Bourgeois: quizás el torso no es bastante flexible, quizás la cabellera que flota sobre el brazo levantado ofrece un relieve excesivo; quizás en fin, el trípode ocupa con sobrada exactitud el fatal peñon en que descansa: de cara todo esto forma un conjunto compacto y no se distingue la barra trasversal que sirve de sosten á los pies de la diosa, de lo que resulta como cierta parte de equilibrio. Pero en suma, todas estas críticas se refieren á detalles de una importancia secundaria.

Tales son las principales obras que se han expuesto en la Escuela de Bellas Artes. A. DE L.

El bello ideal del matrimonio.

(Continuacion.)

III.

LA MORADA DE UN ÁNGEL.

Todo respiraba pureza en torno de Julia.

Las paredes de la habitación parecían de alabastro; del techo pendía una lámpara, blanca también, que proyectaba una apacible y sonrosada luz.

En medio del cuarto había un precioso lecho de acero bruñido, casi oculto bajo un cortinaje de muselina blanca.

A uno de sus lados se veía un reclinador de palo santo con almohadones de terciopelo azul, y encima un crucifijo de marfil.

A la cabecera del lecho había colgada en la pared una pila de agua bendita, sostenida por dos ángeles cariñosamente enlazados.

La mesa de noche y una butaca, elocuentemente colocada al lado de la cama, eran de palo santo; la alfombra que cubría el pavimento, azul.

La colgadura, levantada por un lado, permitía á una finísima sábana de Holanda y á una colcha blanca de crochet, modelar las delicadas formas de Julia, que reclinaba su cabeza sobre una almohada de batista.

Al entrar Antonio en aquel santuario, se estremeció. La pureza del ángel que iba á ser su esposa, de los objetos que la rodeaban, formaban un conjunto ideal, y nada recordaba allí en aquellos momentos los lazos de la tierra: el alma involuntariamente se elevaba al cielo.

El hombre más valiente y más heroico hubiera temblado en aquella situación.

Antonio dió dos pasos y se detuvo.

¿Era todo aquello un sueño de color de rosa?

Si no lo era, lo parecía.

Bendecida por Dios la unión de sus dos almas, dueño el uno del otro, enamorado él, dichosa ella, parecían hallarse en la mansión de la felicidad.

Pasada la primera emoción:

— Y sin embargo, es preciso, se dijo Antonio, creyendo avanzar sin moverse del sitio en donde estaba. Julia no se atrevía á mirarle.

También estaba conmovida, pero de muy distinto modo.

— ¡Esposa mía! se atrevió á decir Antonio.

Y al ver que Julia le tendía la mano, hizo un supremo esfuerzo y maquinalmente llegó al lado del lecho, cogió la mano de su compañera y se sentó en la butaca, pero sin soltar la prenda de amor que había conseguido, la mano que el ministro de Dios le había dado por la mañana.

A este momento de expansión siguió una pausa bastante prolongada.

Lo que callaban los labios lo decían las manos.

¿Qué pensaba Antonio?

¿Qué Julia?

Es una gran cosa, amiga lectora, estar en buenas relaciones con el novelista, y sobre todo, que este sea amable: de lo contrario, ¿cómo podría Vd. saber lo que piensan los personajes que le interesan?

— Hay cosas que se adivinan.

— No todas.

— Sin embargo, en ciertas ocasiones...

— Las apariencias engañan.

— Pues, mire Vd., si quiere Vd. ocultar lo que pensaban Julia y Antonio, puede Vd. hacerlo y pasar adelante: no perderá interés la historia.

— ¿Y si yo le dijera á Vd. que sí?

— No es posible.

— Tenga Vd. la bondad de seguir leyendo, y si por fortuna no ha visto todavía renovarse las flores más de de quince ó diez y seis veces, no importa: la escena que voy á referir, es tan pura como la habitación en donde pasa, como el alma de Julia.

— En ese caso...

— ¿Desea Vd. saber lo que pensaba Antonio?

— Bien.

— Pues eso es precisamente lo que quiero ocultar... Antonio pensaba lo que cualquier hombre de bien pensaría en su situación. Amaba á su mujer, comprendía su felicidad, la saboreaba con los ojos; pero, como el niño á quien por primera vez enseñan una luz, se extasiaba ante ella, quería abrazarse en sus reflejos, no se atrevía, y aun cuando se atreviese, no sabía cómo acercarse á aquel objeto nuevo, inesperado, que le inspiraba á un mismo tiempo adoración y respeto, deseo y temor.

— ¿Y Julia?

— ¡Ah! Julia pensaba como los ángeles deben pensar.

La Providencia, que había velado por ella en los primeros años de su vida, que había regalado horizontes risueños á sus ojos, que había consolado todas las penas de su corazón, le había dado un esposo á quien profesaba, si no el amor que nace y vive de la pasión y muere con ella, ese cariño santo y eterno que engendra la gratitud, y que mantienen las virtudes que más enaltecen á la mujer.

Las impresiones de aquel día, en que se había presentado al ministro de Dios para pronunciar el indisoluble sí y recibir la bendición nupcial, bullían en su mente, produciendo en su alma una grande agitación.

Con estas ideas se confundían otras que completaban todas las aspiraciones de su vida, todos sus pensamientos, todos sus deseos, todas sus esperanzas.

El sentimiento de la fidelidad, dominando á todos los demás, le aconsejaba presentarse á su esposo tal cual era, hacerle dueño, no solo de su voluntad, sino de sus más íntimos secretos.

En una palabra, al darle el sí, no había pronunciado un monosílabo, había dado su alma.

Pero ¿cómo empezar aquella revelación que consideraba un deber?

Esta idea destruía todas las frases que formulaba para entablar el temible diálogo.

Antonio, por su parte, le ayudaba poco; creía estar soñando, y algunas veces le parecía su sueño una pesadilla.

— Si me vieran mis amigos, se reirían de mí, pensaba.

Queriendo Julia llegar más pronto al terreno adonde deseaba llevar á su esposo, buscó el camino más largo.

Esto sucede siempre.

— Hoy ha hecho un día hermoso, murmuró.

— ¡Ah! sí; ha sido el más hermoso de mi vida, dijo Antonio.

— ¿Cuánto debo á mis padres adoptivos! ¡qué buenos han sido para nosotros! continuó Julia.

— ¡Oh! muy buenos, dijo Antonio, sintiendo que le cerrase tan pronto el buen camino que le había abierto con su primera exclamación.

Hubo otra pausa.

Julia no había hablado nunca á Antonio de *tú*, y no quería ser la primera.

— ¿Eres feliz? le preguntó de pronto su marido.

— Mucho, contestó Julia.

Iba á añadir:

— ¿Y tú?

Pero no se atrevió todavía.

Antonio sintió que su mujer se limitase á contestarle con un adverbio que, aunque de cantidad, le pareció muy escaso.

— ¿Qué tal te ha parecido la nueva casa? añadió Antonio, para ver si de este modo llegaba á ser más íntima su conversación.

— Es preciosa, y luego la has adornado con tanto gusto... ¡Ah! sí, seremos muy felices.

— ¿De veras? añadió Antonio acercando involuntariamente la butaca.

— Sí.

— ¿Me amas?

— Ya ves que te lo he dicho hoy delante de Dios y de muchos testigos.

— Sí, pero ahora deseo que me lo digas á mi solo.

— Pues bien, sí.

— ¡Oh, felicidad! exclamó Antonio acercando más la butaca é imprimiendo un ósculo en la blanca mano que abrazaba la suya.

— Por la misma razón de que soy muy feliz, añadió Julia, quiero darte una prueba de mi gratitud y mi cariño, confiándote desde el primer instante todos los sentimientos de mi alma.

— Yo te agradezco ese deseo.

— Puede decirse que apenas nos conocemos, y para ser completamente dichosos es necesario que no haya entre los dos ningún secreto.

— Lo mismo pienso yo.

— Pues bien; para darte el ejemplo, voy á confiarte todo lo que he pensado y sentido en mi vida, todas las ilusiones que me halagan, todas las esperanzas que me sonríen.

Antonio pensó á su vez que su esposa era un ángel, y estuvo á punto de sentirlo; pero al fijar sus ojos en el rostro de Julia, donde brillaba la sinceridad, la fe, el entusiasmo, comprendió que la posesión de su alma, por más que fuera un caso nuevo ó al menos no previsto, valía infinitamente más que la vulgaridad tradicional.

— Sí, Julia, sí, exclamó: yo deseo conocer á fondo el tesoro de pureza que la Providencia me ha dado al hacerme tu esposo.

Poseída de una alegría infantil, gozando sin saberlo quizás del triunfo que había conseguido sobre su esposo, menos tímida que al principio, tal vez porque había emprendido con buen éxito un rodeo en torno de la antorcha del himeneo, habló Julia con sinceridad, con fe, con ese calor del alma que se abre por la primera vez á la expansión.

— Ya sabes que soy huérfana, dijo.

— Sí, pero hace algunos años que perdistes á tus padres.

— Es verdad, mi madre murió cuando yo tenía cinco años, y solo puedo recordar en sueños su bondadoso rostro, mi padre murió diez años después, y él es quien me ha guiado, quien ha formado mi corazón.

— ¿Cuánto hubiera dado por conocerle!

— ¿Y él?... ¡Ah! hubiera sido tan feliz al saber el cariño que profesas á su hija... Los recuerdos de mi niñez se han grabado en mi alma de tal modo, que me parece verle y oírle como en aquellos días en que veía á través de mis lágrimas los risueños horizontes del porvenir.

— Y ¿quieres confiarme esos recuerdos?

— Sí, todos. Desde muy niña, sin saber por qué experimentaba á veces una inmensa tristeza... En medio de mis juegos, cuando más alegre estaba, cruzaba de pronto una idea por mi imaginación, una sombra oscurecía la luz, y abandonaba mis distracciones y me retiraba al jardín ó me encerraba en mi cuarto para pensar... no sé en qué.

Mi pecho se oprimía, se representaba á mi vista el rostro de mi madre, aquella expresión, aquella ternura, aquel dolor con que se despidió de mí, no veía ni oía nada de este mundo, y al fin se anegaban mis ojos en llanto. Pasado este crepúsculo volvía á lucir el sol, y mi corazón recuperaba su alegría.

— Ángel mío, exclamó Antonio besando con pureza la mano de Julia.

— Mi pobre padre me sorprendía algunas veces en esta especie de arrobamiento y procuraba averiguar la causa de mi tristeza. Pero al verle, renacía mi alegría, y ni yo misma podía explicarle lo que deseaba saber.

Desde aquella época se consagró á mí, en los paseos que dábamos juntos, en los viajes que ideaba para distraerme, en las impresiones que buscaba para mí, iba poco á poco despertando mi alma en un mundo que me embelesaba.

La lectura contribuía á sostener mi interés, las obras de caridad que me obligaba á practicar, le afirmaban, y sin sentir fui apartándome de las puerilidades propias de las jóvenes de mi clase, para consagrar toda mi alma á la meditación, al éxtasis, á ese placer tranquilo pero profundo, monótono, pero dulce, que acerca el espíritu á Dios, que le desarrolla, que le hace ser el elemento principal de la vida.

No por eso dejaba de ocuparme en las labores propias de mi sexo.

«— Algun día serás mujer de tu casa, me decía mi padre, y es preciso que sepas labrar la felicidad del hombre que se enlace contigo.»

Esta observación que me hacía adivinar una nueva vida, que ensanchaba los horizontes de mi meditación, contribuyó á que me aficionase á las tareas que otras llaman prosáicas y que yo consideraba de distinto modo. Pero en mis soledades, al pensar en las obligaciones que contraería, al figurarme todas las situaciones de mi nueva existencia, pensaba también...

— En el hombre feliz, ¿no es eso?

— Sí, en el hombre á quien debería jurar fidelidad eterna.

— Y ese hombre... ¿se parece á mí? se atrevió á preguntarle Antonio con timidez.

— Te haré un retrato suyo, y juzgarás. Sin darle un nombre, sin cuidarme para nada de su forma exterior, veía su alma en su fisonomía bondadosa. Su única idea era mi bien; consagrado enteramente á labrar mi felicidad, dominado por el sentimiento de la familia, trabajaba para aumentar nuestros recursos, para proporcionar

nar me esa tranquilidad de espíritu que ofrece el bienestar.

Yo le ayudaba dirigiendo la casa, procurando adivinar sus deseos y realizarlos, y nos entendíamos tan bien, que la vida material era para los dos una costumbre, y libre el pensamiento de las trabas del mundo, podíamos ocuparlo meditando juntos, recorriendo en nuestras conversaciones íntimas todos los espacios de la fantasía, procurándonos todos esos goces del alma que ofrece la naturaleza con sus estaciones, el arte con sus sonidos y sus colores, con las bellezas del sentimiento.

Yo me figuraba á mi esposo huyendo de la sociedad, despues de rendirle el necesario tributo, para refugiarse conmigo en la sociedad de mi gabinete, para gozar revelándome sus impresiones y oyendo las mias, para recordar el pasado y proyectar el porvenir. Ahora dime, ¿he acertado al elegirte?

Esta pregunta, en un momento en el que Antonio se habia olvidado de que pisaba una alfombra de terciopelo y de que descansaba sobre una cómoda butaca, le sorprendió muchísimo.

Dominado por el celeste prestigio de la jóven, no podía engañarla; y la verdad era que en toda su vida no habia dedicado cinco minutos á soñar de un modo tan poético.

Los negocios, las locuras de la juventud, habian ocupado sus diez ó doce últimos años, y lo que oia era nuevo, completamente nuevo para él.

— ¿No me respondes? dijo Julia.

— Voy á ser franco, contestó Antonio. En la primera parte creo parecerme á tu bello ideal: en la segunda, lo confieso con vergüenza y con sentimiento, despues de haberte oido, no puedo asemejarme á él, porque mi vida ha sido tan distinta de la tuya, que me ha faltado tiempo para pensar. Pero es tan dulce, tan grato, tan encantador todo ese mundo que has evocado, todos esos goces que me has hecho adivinar, que si tú quieres educarme, yo seré tu discípulo ahora, despues tu compañero.

— No me he equivocado, exclamó Julia; me comprendes y me harás muy feliz.

— ¿Con que es decir que despues de conocerme me amas?

— Mucho mas que antes... ¿Y tú?

— ¡Yo! mi vida entera me parece muy poco para pagar los tesoros de pureza que atesora tu alma.

El reló de la chimenea del gabinete dió cuatro campanadas.

Este sonido recordó á Antonio que vivia en el mundo.

— Ya es tarde, dijo.

— Sí, estoy cansada, y mis ojos se cierran al impulso del sueño, tú serás esta noche el ángel de mi guarda.

Cinco minutos despues dormia Julia, y Antonio continuaba en la butaca estrechando la mano de su esposa.

Pensando en lo original de su situacion se quedó dormido.

Las nueve de la mañana serian cuando se despertó, y recordando su primera noche de casado, buscó á Julia.

No estaba.

Como no tenia que vestirse, lo único que hizo, dominado instintivamente por su amor propio, fué cambiar el frac negro por una bata.

Salió al gabinete, de allí se dirigió al salon, á su despacho, y estuvo á punto de llamar á un criado para preguntarle por Julia.

No lo hizo, sin embargo, porque comprendió que esto era dar que hablar á los domésticos.

— Estará en el jardin, se dijo: y al encaminarse á su encuentro tropezó con su ayuda de cámara.

El criado le dió los buenos dias y añadió maliciosamente:

— ¿Ha dormido bien el señorito en la nueva casa?

— Muy bien, se apresuró á contestar Antonio.

Al llegar al jardin salió Julia á recibirle, y le ofreció un ramo de las escasas flores que habia perdonado el otoño.

— Toma, porque has sido bueno; le dijo.

El ayuda de cámara que presenció con la doncella esta escena desde una ventana:

— Los tórtolos se entienden, dijo.

— Mis noticias no son esas, contestó la doncella con un laconismo espartano; y se fué á continuar arreglando la habitacion de sus señoritos.

IV.

UN CASO RARO.

Antonio no fué bueno mucho tiempo; y digo esto, porque Julia que parecia la mujer mas feliz del mundo, amaneció un dia muy triste.

Si hubiera tenido una amiga de toda su confianza, le hubiera dicho, al preguntarle si esta era feliz con su marido:

— Sí, es muy honrado, muy laborioso y se desvive porque nada me falte, por verme venturosa; pero aunque al pronto me hizo concebir la esperanza de que llegaria á comprenderme, es como todos los maridos.

— ¿Y te quejas?

— De él no.

— ¿Pues de quién?

— Del mundo.

— ¿Por qué?

— Porque no puede producir la flor sin espinas.

— Explicate; ¿no eres completamente dichosa?

— No.

— ¿Con un marido que te adora, con la fortuna suficiente para satisfacer tus caprichos?...

— Tal vez soy exigente.

— ¡Eres incomprensible!

— Es verdad.

Pasados algunos dias mas, si su amiga hubiera vuelto á verla, hubiera notado en su rostro todos los síntomas del aburrimiento.

A su natural pregunta, hubiera contestado Julia:

— Difícilmente habrá en el mundo una mujer que tenga mas motivos que yo para ser venturosa. He dicho á Antonio que me va cansando el campo, y en ocho dias me han preparado en Madrid una casa que con sus elegantes adornos y sus comodidades parece un palacio encantado. Mis padres adoptivos le adoran, y él los quiere tanto como yo. Todos los dias, cuando vuelve de sus negocios, me sorprende con algun regalo de un gusto exquisito. Sabe que me agrada la música, y me ha abonado al turno impar del Real; mi palco de platea es de los mejores. Todo lo que yo hago le parece bien y asegura que mi casa podria servir de modelo á un gobierno por su inteligente organizacion. Me deja la mas completa libertad; me acompaña á misa y á las tiendas; no da un solo caso, no proyecta un negocio, no realiza una empresa sin consultarme; y es tan laborioso, tan activo, tan honrado, que la fortuna le favorece, y nuestra posicion mejora de dia en dia.

— ¿Y sin embargo, estás triste?

— Sí.

— Pero ¿por qué?

— ¿Por qué?...

— Sí... habla.

— No sé cómo decirte lo que me pasa.

— ¿Es poco cariñoso tu marido?

— Al contrario; pero su cariño es como el de todo el mundo. No comprende el amor ideal: es un buen marido, pero un marido vulgar.

— ¿Estás loca?

— Estoy desesperada; y aunque le quiero mucho, porque lo merece; aunque nada me falta, tengo que vivir sola, que pensar sola. En el mundo me acompaña, pero cuando mi imaginacion traspasa los límites de lo real, me abandona. ¡Ah! ¿por qué necesitará el alma la cárcel que la encierra?

Todo esto hubiera dicho Julia á su íntima amiga; pero como tenia la suerte de no tenerla, se lo decia á sí misma, y su alma se marchitaba en medio de todos los goces de la vida.

Antonio, á quien no se ocultaba la tenacidad con que Julia aspiraba á permanecer en las regiones ideales, en las que, por más que hacia, no podia menos de aburrirse, no se explicaba cómo su cara mitad evitaba las lícitas y santas expansiones del amor conyugal.

— ¡Es raro! se decia á solas; no hay en el mundo muchas como ella, pero es buena, me quiere, y bien mirado, no es tan mala fortuna la mia. Estoy asegurado de incendios sin pagar seguros, y esto porque mi casa es de nieve.

Era, como he dicho antes, un buen muchacho; su carácter alegre siempre, y mas entonces porque se consideraba enteramente feliz, no le permitia estar triste mas de cinco minutos.

Por otra parte, tenia ambicion, deseaba enriquecerse con el ingenio y el trabajo, y sus estudios financieros absorbían su atencion.

Julia se resignó con su suerte; pero su alma necesitaba á toda costa un alimento espiritual, y se refugió en la música.

Habia aprendido en el albor de su adolescencia el arte de arrancar al piano los tesoros de ternura que encierran sus sonidos; y aunque abandonó algun tiempo la música para consagrarse á la pintura, y mas tarde reemplazó este entretenimiento con el de la lectura, comprendió que solo la música calmaba la sed de emociones ideales que abrasaba su alma.

Comunicó á su esposo sus deseos de tomar un maestro que le recordase sus pasados estudios, y Antonio, que á la sazón tenia entre manos un gran proyecto que debia obligarle á pasar algunas veladas en el despacho del ministro de Fomento, accedió con entusiasmo á los deseos de Julia.

— Me parece una excelente idea la tuya, le dijo, y recuerdo que un antiguo amigo mio, muy buen muchacho, y de gran genio, es hoy un distinguido pianista. Le hablaré y durante las noches de invierno que no vayas al Real ó á algun sarao, podrá perfeccionarte en el piano.

Antonio tenia los mejores antecedentes del músico, y además amaba á su mujer, con lo que dicho se está que no dudaba de ella.

El invierno se echó encima, y los dos esposos fueron á habitar su preciosa casa de la calle del Prado.

Julia estaba algo desmejorada, y los amigos de sus padres adoptivos decían maliciosamente cuando estos se lamentaban:

— Ya se repondrá... cuando haya luna nueva.

V.

SUCESOS.

En los círculos elegantes se hablaba con envidia de la felicidad de los dos esposos.

Julia no era aficionada á visitas, y solo hacia las mas precisas, pero no murmuraba de nadie, oia con benevolencia la enumeracion de los defectos de los demás,

hablaba poco, y se empezó á calificarla en el gran mundo de sosa por unos, de reservada por otros, de orgullosa por muchos.

La sociedad era para ella un deber y lo cumplía sin celo: esto agradaba á Antonio sobremanera, que no vivia mas que para su casa y para los negocios, con los que esperaba labrar la felicidad de su esposa.

Como deseaba proporcionarle distracciones, además de acompañarla al teatro Real, favoreció sus deseos de consagrarse al cultivo de la música.

La casualidad le hizo entrar un dia en la repostería de Lardy, al mismo tiempo que un jóven de veinte y nueve á treinta años, elegante, bien parecido y simpático, conversaba con la *demoiselle du comptoir*.

— ¡Antonio! gritó al verle, tendiéndole la mano.

— ¡Enrique! exclamó Antonio reconociéndole. No puedes imaginar cuánto celebró hallarte.

— ¡Pues y yo! Hace mas de un año que no nos vemos.

— Los aspirantes á banqueros vivimos en el mundo, mientras que vosotros los artistas andais por otras regiones mas elevadas.

— Ya sé que te has casado.

— Es cierto, y tú ¿no has caido todavía?

— La vida que hago en los salones no me ha dejado tiempo para buscar una amorosa compañera.

— Y sin embargo, estoy seguro de que tendrás admiradoras á centenares.

— Mi imaginacion goza, mi amor propio tambien; pero mi corazon está desierto.

— ¿Y la gloria? hombre.

— Es verdad, me aplauden, pero no soy tan feliz como tú.

— Lo que es eso lo creo; y para que te convenzas, te suplico que vengas á comer un dia de estos á mi casa: te presentaré á mi mitad, es entusiasta por la música, no le gusta el bullicio de los salones, desea perfeccionarse en el piano y tú le elegirás maestro.

— Haré mas si me lo permites.

— Habla.

— Me encargaré de perfeccionar su educacion musical.

— Con una condicion.

— ¿Cuál?

— La de que seremos amigos todos los dias del mes, excepto el último.

— ¿Quieres callarte?

— No: en las cuestiones financieras no tengo mas remedio que ser banquero.

— ¿Te olvidas de que nos hemos conocido en la dichosa época de nuestra vida, en la que una peseta cada domingo nos parecia el *summum* de la felicidad?

— No importa; Ayala, el gran poeta, lo ha dicho en su *Tanto por ciento*.

Una cosa es la amistad,
Y el negocio es otra cosa.

— Eres intratable.

— ¿Aceptas mi proposicion?

— Bien, hombre, bien; te permitiré que al fin de mi tarea me regales un cajon de cigarros.

Enrique quedó con Antonio en ir al dia siguiente á su casa.

Julia oyó con alegría la noticia del encuentro que habia tenido su esposo, y dispuso para el siguiente dia una comida digna de un artista.

Para ella esta palabra era la fórmula del mundo en donde se agitaba su alma.

Recordaba haber oido hablar con elogio y hasta con entusiasmo del pianista á quien iba á conocer, y al sentimiento de curiosidad que le animaba á desear conocerle, iba unida la natural simpatia que inspira el género á las mujeres ideales.

Nada mas puro, sin embargo, que estos dos sentimientos que nacen en su alma como dos flores en un desierto, como el misterioso fulgor de un lucero en una oscura noche.

Antonio prometió á Enrique ir á buscarle al Casino, y á las seis de la tarde entraron los dos amigos en la elegante morada de la calle del Prado.

Enrique fué presentado á Julia, y esta le recibió con la mas exquisita amabilidad.

La sencillez de su traje, la elegancia, la distincion con que le llevaba y el efecto que producía su hermosa cabeza, la asemejaban á uno de esos retratos que hace Fierros, en los que la vaguedad del color de los paños, da nueva vida al animado color de las facciones.

— Te presento á un camarada de la niñez, le dijo Antonio, que además de ser tu amigo, será tu maestro de piano.

Estas palabras dieron ocasion á Julia para hacer un elogio del talento de Enrique, y á este para hacer ostentacion de una modestia melancólica que no sentía.

— Tenemos apetito, añadió Antonio despues de algunos minutos de cumplidos: haz que nos llamen pronto al comedor.

Un cuarto de hora despues estaban los tres sentados á la mesa.

Antonio habló de música por complacer á Julia; pero trató la cuestion á su modo.

— Es una gran cosa el arte musical, dijo, y son incalculables los millones que produce al año, y las familias que se enriquecen y viven de él. Ya se ve, se ha hecho moda en todos los países ir á la ópera, y aun cuando los cantantes se hacen pagar sumas fabulosas, los empresarios ganan. Ahí teneis al del Real...

Julia le interrumpió.

— Eso te probará que la música es una necesidad del alma.

— No, mujer; del lujo, de la costumbre.

Enrique necesitaba elevar la cuestión, y habló haciendo un caloroso panegírico de la música, que no repito porque lo saben de memoria mis lectores.

El arte, el alma, la fantasía, la gloria, el bálsamo de las penas, los grandes dolores íntimos, los consuelos, los delirios de la imaginación, de la religión, la patria, los sentimientos; estas fueron, sobre poco más ó menos, las palabras que dominaron en aquel discurso que Enrique improvisó.

Julia le ayudaba con la expresión de su fisonomía, y Antonio que era condescendiente, y que por otra parte no tenía interés en contradecir á su esposa y á su amigo, cedió.

Terminada la comida tomaron el café en el gabinete de Julia, y mas tarde, ejecutó Enrique en el piano algunas fantasías de su composición que entusiasmaron al mismo Antonio y embelesaron á su esposa.

— Eres un gran hombre, mi querido Enrique, le dijo Antonio, y espero que con tus lecciones va á ser mi esposa por lo menos un Listz.

La noche se pasó volando, y el artista se retiró ofreciendo comenzar sus lecciones al día siguiente, en el que por fortuna no había función en el regio coliseo.

Cuando Julia y Antonio quedaron solos:

— ¿Estás contenta de mí? le dijo esle.

— Sí, porque eres muy complaciente.

— La música es una distracción muy lícita, y créeme, después de haber ganado unos cuantos miles de duros en alguna especulación, me agrada oír alguna pieza de música interpretada por mi mujer.

Julia estuvo muy amable con su esposo: pero al día siguiente hubiera confiado á su amiga íntima, que casi toda la noche había pensado en la música y en Enrique. ¡Aquel hombre sí que debía tener corazón!

VI.

LA PRIMERA LECCION.

Y sin embargo, me parece que mis lectores me creerán bajo mi palabra, ni la mas remota hipérbole de infidelidad había forjado su imaginación.

Entre lo real y lo ideal había un mundo para Julia, y en él vivía ordinariamente embelleciéndole con los reflejos del uno y del otro, pero hacia excursiones á las regiones de lo ideal, por mas que solo llevase á ellas la imaginación de su imaginación, si se me consiente esta metáfora, ó no se escapa de la penetrante vista de mis lectores.

Al día siguiente anunció Antonio á Julia que no podría asistir á su primera lección.

— Estoy citado con el ministro para explicarle los planes del ferro-carril que proyecto, le dijo: y como le interesa mucho, porque la línea ha de favorecer á su distrito, no me perdonaría que faltase. Saludaré á Enrique y os dejaré conversar con el piano.

El pianista llegó á las nueve.

Julia y Enrique estaban en un elegante gabinete iluminado por una preciosa araña.

En la chimenea ardía un venerable tronco de encina, cuyo resplandor proyectándose sobre la alfombra, daba un aspecto fantástico á los vistosos ramos que la adornaban.

El piano estaba abierto y esperando; pero como no era cosa de ponerse en seguida á tratar con las corcheas y las fusas, Julia se sentó en una *causeuse* y Enrique en otra.

(Se continuará.)



El general Lebœuf, ministro de la Guerra en Francia.

El general Lebœuf,

MINISTRO DE LA GUERRA
EN FRANCIA.

Por decreto del 21 de agosto de 1869 el general de división Lebœuf (Edmundo), ha sido llamado á suceder al mariscal Niel en el ministerio de la Guerra. Para desempeñar tan importante cargo, deja el mando del 6º cuerpo de ejército en Tolosa, que también tuvo el mariscal Niel. Como este último, el general Lebœuf es un antiguo alumno de la Escuela Politécnica y ha hecho una carrera brillante en las armas especiales.

Nacido en 1809, Edmundo Lebœuf demostró una vocación irresistible hacia las ciencias exactas, lo que le condujo á la Escuela Politécnica, donde se encontraba en 1830 al mismo tiempo que Bosquet, Charas y otros jóvenes que después se han ilustrado. A ejemplo de la mayor parte de sus compañeros tomó una parte activa en la revolución de julio: mientras Bosquet dirigía el ataque del Louvre, defendido por los suizos, Lebœuf á la cabeza de una banda popular atacaba el cuartel del muelle Orsay, que era el cuartel general de los guardias de corps.

Aquella juventud no era propia para la ociosidad de las guarniciones, sino que necesitaba la actividad de los combates, y así fué, que en cuanto salió de la Escuela de aplicación de Metz, Lebœuf quiso pasar á uno de los regimientos de artillería que sirven en África.

Con efecto, allí le encontramos de capitán en 1837 y tomando una parte muy activa en la segunda expedición de Constantina. Cuando se tomó á viva fuerza esta plaza, su nombre figuró con el de Niel en la orden del día. Estas menciones son las gloriosas etapas de los rápidos ascensos.

Sin embargo, la guerra de Africa no era favorable á las armas especiales, y había que dejarlas si se ambicionaba la fortuna de los Lamoriciere, los Cavaignac y los Bosquet. Lebœuf no tuvo tales tentaciones; pero cuando fué oficial superior aceptó un mando en la Escuela Politécnica que ejerció de 1848 á 1850. En 1852 fué nombrado coronel y se adhirió completamente al gobierno imperial.

Al estallar la guerra de Crimea, el coronel Lebœuf fué designado para mandar la artillería, y ascendió á general el 24 de noviembre de 1854. Delante de Sebastopol volvió á encontrar á sus antiguos compañeros de Africa y con su valor y pericia les demostró que el hombre de Constantina no había degenerado. Su nombre figura mucho en la historia de aquel memorable sitio: en 31 de diciembre de 1857 Lebœuf recibió el despacho de general de división.

En calidad de tal se encargó del mando de la artillería en la campaña de Italia (1859), en la cual desempeñó un papel brillantísimo: bástenos recordar aquí que la victoria de Solferino, se debe en gran parte á la artillería rayada.

Nombrado gran oficial de la Legion de Honor y edecan del emperador, miembro del comité de artillería en el ministerio de la Guerra, el general Lebœuf tenía ya su puesto marcado entre los oficiales generales mas distinguidos. Ninguna misión parecía superior á su mérito. A él se encargó que recibiera la Venecia que el Austria cedia á la Francia en la desastrosa campaña de 1866, y los italianos han conservado un buen recuerdo del comisario francés, que tuvieron durante algunas semanas mientras el Véneto pasaba á la Italia.

El general Lebœuf entra en el ministerio con un conocimiento consumado de todas las partes del servicio y una amplitud de miras que han aumentado sus estudios especiales. Dícese además que habla con facilidad, lo que no es de desdeñar en el día que tendrá que exponer y defender los asuntos que corren á su cargo ante las asambleas políticas.

J. B.

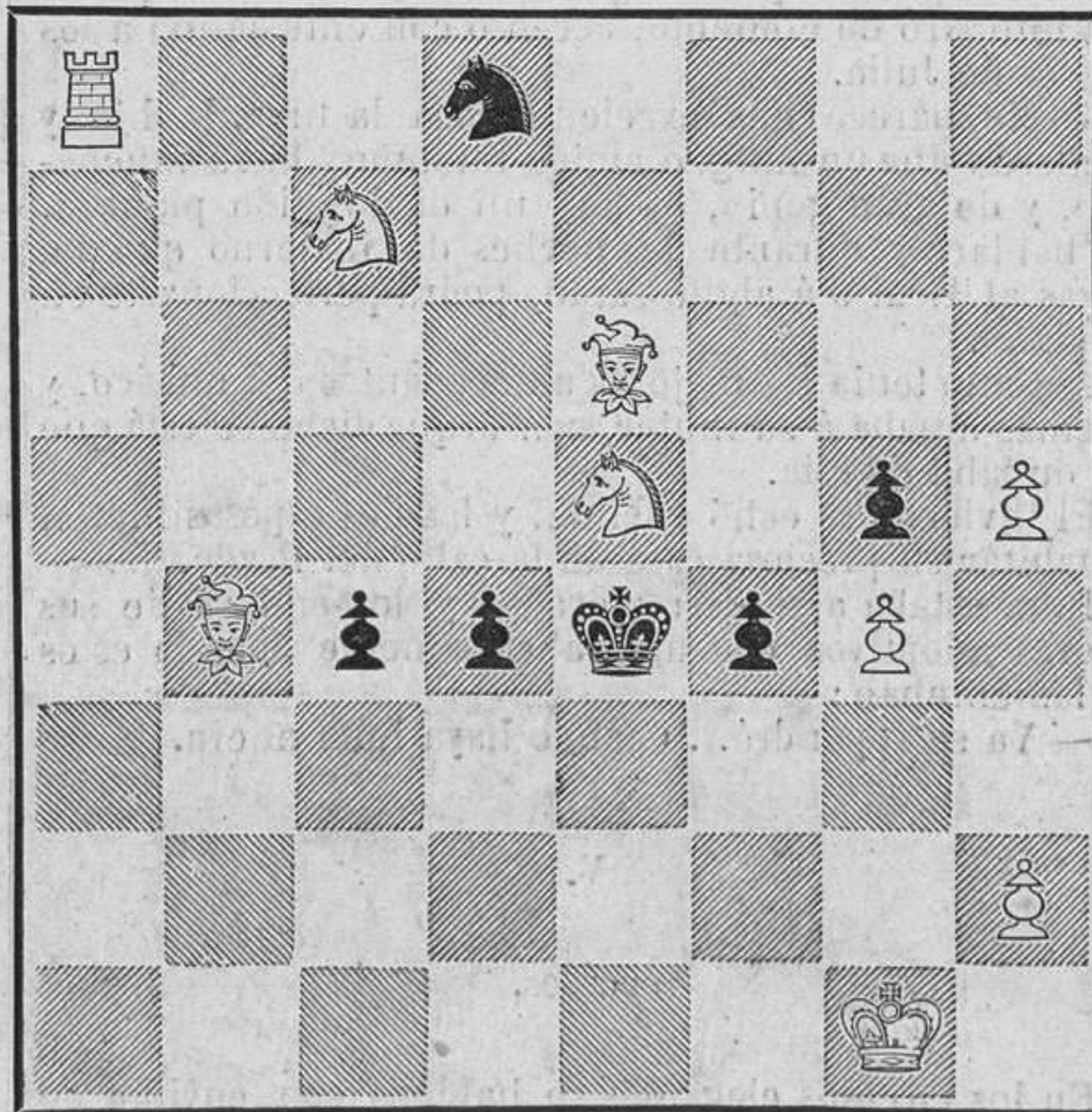
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 295.

- | | | |
|---|-----------|-------------|
| 1 | C 3ª CRª | C toma F |
| 2 | Rª toma C | C toma T |
| 3 | Rª 6ª ARª | jaque-mate. |

PROBLEMA NÚMERO 296, POR M. VICTOR GORGAS.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.